



CEYLAN. — Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en Punta de Gales. (Pág. 168).

EL CATOLICISMO EN CHINA.

Hé aquí condensados en un solo cuadro los datos de la estadística religiosa de las Misiones confiadas al cuidado de la Sociedad de las Misiones extranjeras de París en el imperio chino, excepción hecha de las de Manchuria y del Thibet.

Los vicariatos apostólicos son los siguientes: Su-tchuen occidental, Su-tchuen oriental, Su-tchuen meridional, Yun-nan, Kuy-tcheu, Kuang-tong y Kuang-si.

A los cuales corresponde por su orden respectivo el número de fieles, clérigos, etc., comprendidos en el siguiente cuadro:

CATOLICOS.	CLERO.			Catequistas.	Seminarios.	Discipulos.	Escuelas y huérfanos.	Alumnos.
	Obs.	Mis.	Sacerd. indíg.					
35,800	1	21	35	35	2	83	197	2,721
26,079	1	33	38	445	2	75	124	1,410
19,057	1	23	9	36	1	20	88	1,107
13,427	1	19	9	90	1	22	53	815
15,177	1	22	2	100	2	36	72	1,489
23,730	2	31	5	»	2	»	91	»
447	1	6	»	»	»	»	»	»
122,717	8	155	98	706	9	236	405	7,584

Estos resultados son ciertamente consoladores; pero ¿qué valen al lado de lo que falta por hacer? ¡Algunas espigas que brotan aquí y allá en campos inmensos!

¡122,717 cristianos en una población de 92,300,000! ¡Y para evangelizar esta inmensa población 261 sacerdotes!

Mas digamos alguna palabra sobre cada uno de estos siete vicariatos apostólicos.

Su-tchuen occidental. — Esta Mision está relativamente tranquila, y nadie inquieta allí á los misioneros. Algunos jefes de aldea, algunos mandarines más ó menos empujados les hacen sufrir de vez en cuando algunas vejaciones, así como á los fieles, «sólo que siendo estas miserias, dice un misionero, nuestro pan de cada día, hemos concluido por acostumbrarnos á ellas.»

Su-tchuen oriental. — Aquí la guerra no ha cesado, y si la sangre no corre, los cristianos continúan tomando alguna vez el camino del destierro despues de pasar por el pretorio. «No es la persecucion franca, escribe un misionero; pero es poner fuera de la ley á nuestros neófitos. Parece que los pastores protestantes vienen á establecerse en Hong-Kin. Es sabido que esta ciudad inmensa, levantada á orillas del río Azul, es un puerto abierto al comercio europeo: estos señores distribuyen profusamente biblias, ya en esta ciudad, ya en las aldeas vecinas; pero no han hecho aún ningun prosélito y no harán nunca muchos.»

Su-tchuen meridional. — En quince años la población cristiana ha crecido más de una tercera parte, y la proporción sería mayor si la sed de oro, *auri sacra fames*, no hubiera impulsado á muchos cristianos á emigrar á las minas de Yun-nan y de Kuy-tcheu, donde esperaban encontrar una nueva California, y han encontrado la muerte, lo cual ha hecho volver en sí á los ilusos y pen-

sar en que es preferible el cultivo del campo paterno á ir detrás de lo desconocido.

Yun-nan.—Esta Mision tiene sus dificultades. Desolada por la guerra civil, el misionero tiene que hacer muchas veces de su casa una fortaleza para defenderse de los ladrones y bandidos que allí abundan. A falta de persecucion, hay una enfermedad pestilente entre los cristianos, y sobre todo en la parte de Yun-nan próxima á Birmania, que hace numerosas víctimas y lleva á todas partes el terror y la muerte.

Kuy-tcheu.—Nada de particular hay que decir de esta provincia, en que el Cristianismo gana poco á poco terreno. El número de bautizos de adultos ha subido el año último á 892, y el Ilmo. Lyons ha podido por vez primera conferir el subdiaconado á dos de los alumnos de su Seminario.

Kuang-tong.—«Este año, escribe un misionero, ha sido para nuestra pobre Mision como una larga série de pruebas y emociones sin precedente hasta ahora: alborotos, pillaje, incendios, amenazas de muerte, todo ha sido empleado para contener el movimiento religioso que en varios puntos de la Mision atraía á las masas hácia nuestra santa Religion.» Así es como en Canton, á pesar de la presencia de los cónsules y del virey, treinta y tantas casas de cristianos han sido destruidas ó quemadas, y noventa familias lo han perdido todo, quedando sin asilo y sin recursos. Las casas destinadas á hospital, á escuelas de niños de ambos sexos y á los catecúmenos han sido tambien entregadas á las llamas.

Kuang-sí.—En esta Mision se cometen asimismo todo género de vejaciones, y los cristianos están sujetos á la mala voluntad y á la injusticia de los mandarines.

Como se ve, la vida del misionero en China es harto desagradable por la actitud equívoca del Gobierno, que da aliento á los mandarines hipócritas ó envidiosos que no ven en el misionero sino á un intruso que va á su plantarlos.

Cuanto á los obstáculos que se oponen á la conversion de los chinos, otro misionero los resume en estas palabras: «Su civilizacion pagana, su exquisita cortesía exterior, unida á la más refinada hipocresía; en fin, la orgullosa conviccion de que son el primer pueblo del mundo; hé aquí los principales obstáculos para la debilidad humana que encuentra la propagacion del Evangelio en el Celeste Imperio. Añádase á esto la depravacion de las costumbres orientales, la sensualidad, la sed de oro y de placeres, y se comprenderá fácilmente que sin un milagro de la misericordia divina es difícilísimo conmover estos corazones, acostumbrados al vicio y á la molicie.»

CORRESPONDENCIA.

BIRMANIA.

Carta del Ilmo. Bourdon, vicario apostólico de la Birmania septentrional.

Me pedís algunas noticias sobre la nueva poblacion en que tratamos de implantar, hace cinco años, la buena semilla del Evangelio. Verdadera satisfaccion tendré en complacer vuestra curiosidad del mejor modo posible, porque francamente confieso que no estoy aún bastante

familiarizado con la historia y costumbres de nuestros ka-khienes.

Parece que hay en el mundo viajeros dotados de tan maravillosas dotes, que pasan un día ó tal vez unas cuantas horas en una tribu salvaje, y ya pueden, segun dicen, escribir su historia desde Adán á nuestros días, sin olvidar los menores detalles. Y hasta, si se les insiste un poco, os describirán la verídica historia de nuestros Singfos en los tiempos prehistóricos, en la época en que sus antepasados, siempre segun su sábia pluma, eran monos ó gorillas... En cuanto á mí, he de confesar que cinco años de permanencia entre un pueblo no basta para conocerlo á fondo y para que se pueda hablar de él con completa seguridad.

Ante todo, ¿á qué raza pueden agregarse los ka-khienes? Ahí está la cuestion... cuestion más fácil de proponer que de resolver. Algunos pretenden que son khienes, y la etimología favorece mucho esta opinion, porque ka-khien es empleado solamente por los birmanes para designar á los montañeses de que hablo. Ellos se titulan á sí propios khien-fo (raza de khienes). Paréceme poco probable esta opinion, pues el lenguaje, las costumbres y el país de las dos razas son diferentes. Para no citar más que un ejemplo, nótese que todas las mujeres khienes tienen la cara pintarrajeada de azul, lo que las hace horribles, mientras las ka-khienes desconocen completamente esta costumbre.

Otros afirman que los ka-khienes forman una rama separada de la gran familia de los carianos, fundándose en una similitud de palabras en las dos lenguas; pero esta similitud no está tan claramente demostrada como se pretende suponer. Muchas más son las palabras ka-khienes que son de origen evidentemente birman, y sin embargo me parecería temerario afirmar, por esta sola razon, que los ka-khienes descenden de los birmanes. La religion, las costumbres, el gobierno, los trajes, nada se parece.

Los ka-khienes son esencialmente montañeses; los birmanes aman las llanuras. Existe además un odio inveterado entre las dos razas, y no hay memoria de que se haya visto desaparecer del todo esta enemistad. De modo que la similitud de muchas palabras de los dos idiomas podría únicamente explicarse por el prolongado contacto entre los dos pueblos.

Si se les juzga por la inspeccion de la cara, de las grandes líneas faciales y por el resto de la fisiología comparada, es indudable que los ka-khienes no pertenecen á la raza mongólica. No encontraréis en ellos ni narices chatas, ni pómulos salientes, ni esos ojos rasgados como almendras; antes por el contrario hay narices rectas y un conjunto de rasgos evidentemente parecidos á los de la raza ariana. Si yo tuviese que emitir mi opinion en cuestion todavía tan oscura y debatida, me inclinaria á la que hace descender los ka-khienes de los nayas y de los kamptés del Noroeste, más bien que de las razas mongólicas del Este y del Nordeste.

De todos modos, á menos de que se descubran nuevos documentos, mucho tiene que hacer la ciencia etnográfica para esclarecer todos los puntos oscuros; y si se llega alguna vez á algo, no digo perfectamente seguro, sino probable en este asunto, se deberá indudablemente al estudio comparado y aún poco conocido de la fisiolo-

gia y el lenguaje de esos pueblos. Si por ahí deseais emprender algunos trabajos de poliglotismo, ved ahí algunos datos y señales echados al azar:

Casa, *nta*.—Padre, *ka ua*.—Madre, *kenü*.—Niño, *ka-chia*.—Muchacho, *lachia*.—Muchacha, *numchia*.—Agua traida, *usinn*.—Agua corriente, *kha*.—Cielo, *lemü*.—Tierra, *ga*.—Fuego, *uann*.—Perro, *gui*, *lemie*.—Elefante, *magüi*.—Hombre, *kbien fau*.—1, *lagnai*.—2, *lahoon*.—3, *messum*.—4, *malee*.—5, *magna*.—6, *kbru*.—7, *senit*.—8, *massat*.—9, *tcbehu*.—10, *she*.—Sigue la contabilidad, agregando á la palabra *she* (10) la de los números uno, dos, tres, etc., tal como en español en diez y seis, diez y siete, etc.

Hay en su idioma gran número de monosílabos, muchos bisílabos y algunos pocos trisílabos: por lo demás, ni conjugación, ni declinación; todas las palabras son invariables.

Algunas particularidades de paso. No hacen diferencia entre el verde y el amarillo; de modo que tienen una sola voz para designar estos dos colores. No saben expresar con una voz apropiada la idea de la pena, del castigo: por increíble que parezca, es una verdad. Carecen casi absolutamente de adjetivos negativos, de suerte que se niega sencillamente la afirmación, pero sin usar palabra alguna equivalente á nuestro no.

En resumen, la lengua es pobre, ruda y bárbara como los que la hablan.

Refiere la tradición que en otro tiempo había libros ka-khienes, escritos en pieles de búfalos; pero que vino una época en que fué tan grande el hambre en el país, que hubo precisión de devorar todos los pergaminos!... A consecuencia sin duda de esto, hoy la ciencia, la afeción, el odio, en fin todos los sentimientos tienen su único albergue en el vientre, en vez de tenerlo en la cabeza, de nuestros pobres ka-khienes. Otra tradición previene que la ciencia volverá á las montañas ka-khienesas por conducto de los hombres blancos de Occidente.

Los ka-khienes habitan una inmensa extensión de terreno en las dos orillas del Irrauaddy, desde Bhamo hasta la China al Este y al Oeste, y al Norte hasta el Assam, el Bramaputry y el Tibet. ¡Cuántos valles, Señor, cuántas montañas donde jamás ha sido proclamado vuestro santo nombre!

Este pobre pueblo no tiene la menor noción de un Dios creador y conservador, eterno, infinito, todopoderoso, remunerador de los buenos, justiciero para los malos. En verdad la vista de sus bellas montañas, de sus profundas selvas y de sus ríos majestuosos, la grande voz del trueno reproduciéndose hasta lo infinito de colina en colina, y el cielo tachonado de innumerables estrellas, proclaman para ellos como para todo el mundo la gloria y el poder del Dios creador; pero ellos no saben leer en ese magnífico libro abierto, y creen fácilmente que las cosas han siempre sido tales como aparecen á sus ojos hoy.

Emplean alguna vez la voz *Para*, que los birmanes aplican á Godama, su último Buda; pero por ese nombre entienden, ya la pagoda, ya la estatua ante la cual se postran los birmanes y los shanes. Sin embargo, no tienen absolutamente templo, ídolo, pagoda ni monumento religioso alguno.

En los peligros inminentes el birman exclama: «¡Oh

Para, Para, ayúdame! ¡Oh Dios, piedad!» Es el grito del alma naturalmente cristiana.

En el ka-khien no se encuentra esta natural inclinación del alma. Apenas sobreviene un peligro, le vemos ya armado con su fusil y gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Yast!» Especie de grito de guerra, in traducible interjección algo parecida á «¡Y qué! ¡cuidado!»

Las grandes tradiciones del Eden, de la creación del hombre, de la caída original, de la promesa de un Redentor no son conocidas por nuestros montañeses: lo único de que conservan un recuerdo vago es de una inmensa inundación general, causada por el desbordamiento de un gran río.

No conocen á Dios, su creador y bienhechor, pero creen en el espíritu maligno, origen de todo mal, «homícida desde el principio.»

Tampoco tienen la más insignificante idea de las épocas ni de la cronología. ¿Qué puede esperarse de un pueblo que ni siquiera conoce los meses del año ni los días de la semana? Aun las relaciones tan lógicas y primitivas de causa á efecto no se presentan á su imaginación de la manera clara, palpable, sensible como á la nuestra se presentan, y por lo mismo escuchan con indiferencia los más irrefutables argumentos.

—Estas, dicen, son vuestras ideas, vuestras costumbres: esto es bueno para vosotros, y tal vez lo sea de verdad; pero nosotros tenemos otras costumbres, contra las cuales no podemos ir sin exponernos á las más terribles venganzas de parte de los espíritus.

¡Pobres gentes! No temen al tigre, ni á la serpiente, ni al enemigo, sea quien sea, y le tienen un miedo cervical al espíritu maligno. Que el arroz no brota bien, que hace demasiado sol, que llueve demasiado, que una criatura está enferma, es que el espíritu está irritado, y hay que apaciguarlo pronto, muy pronto, con un búfalo, una vaca ó un cerdo, con un perro ó una polla. El *mitué*, el hombre de los ojos brillantes, el iluminado, el adivino de la aldea, quebrará bambúes sobre el fuego, y según los caracteres de la quebradura y la dirección de las fibras indicará la víctima de propiciación pedida por el espíritu. Entonces el *tum-sa-ua*, otra especie de adivino, vendrá á cantar junto á ella largas estrofas sagradas, cuyo sentido nadie, ni el mismo que las canta, comprende bien. Estos cantos son de rigor, y el *tum-sa-ua* ejerce en tales casos funciones casi sacerdotales. Terminados los cantos, es muerta la víctima á lanzadas por los asistentes, y luego se celebra el festín del sacrificio y hay gran fiesta en toda la aldea. Si después de hecho esto no van mejor las cosas, es señal de que fué mal escogida la víctima, ó que se habrá omitido alguna observancia indispensable, y hay que volver á empezar.

Sin la imperiosa necesidad de satisfacer al insaciable demonio y el furor de fumar el opio, los ka-khienes serían bien pronto ricos en rebaños, y podrían vivir muy cómodamente como otros tantos reyes independientes en sus montañas, mientras que ahora se hallan muy á menudo reducidos á robar los bueyes de los shanes y de los birmanes para sus necesidades.

En cuanto á nosotros, podemos permanecer en sus aldeas, á condición, sin embargo, de vernos largamente explotados por ellos; comunistas de nombre no lo son,

pero lo son de hecho. Pretenden que es preciso partirse todo lo que conviene á verdaderos hermanos, práctica para ellos facilísima de cumplir, ya que no tienen un céntimo ni cosa que lo valga. No obstante, y para ser justos, debemos decir que ofrecen gustosos lo poquísimo que tienen, y así el extranjero tendrá arroz si lo hay en la casa, ó á lo menos albergue si no hay otra cosa. Mientras tampoco siempre es á nosotros á quienes toca dar azúcar, té, bizcochos, tabaco, sal, fósforos, y eso por añadidura, nuestros ka-khienes saben perfectamente *anexionarse* los huevos de nuestras pollas y las mismas pollas, y todo lo que en casa encuentran que les pueda convenir.

Varias otras observaciones podría añadir aún respecto á su régimen político, sus costumbres, sus habitaciones y su comercio; pero tal vez valga más aplazarlo para otra ocasión.

Permitidme, para concluir, un caso bastante curioso, que data de dos años. El P. Cadoux tenía un criado shan: cansóse éste de servirle, y pidió su cuenta, que le fué entregada inmediatamente. Partió, y con él descendió hasta Bhamo un jóven ka-khien de unos diez y ocho años de edad. Ninguna noticia se tuvo después de los fugitivos: en la aldea se supuso que el montañés había sido vendido como esclavo por el pícaro shan.

Todo esto ha proporcionado medio á los ka-khienes para formar una acusación contra el P. Cadoux, que nada tiene que ver con este acontecimiento, ya que no estaba encargado del ka-khien desaparecido, y además éste era ya hombre y se hallaba perfectamente en estado de responder de sus acciones. Sin embargo, el gran sanedrín convocado para resolver este arduo asunto ha emitido el siguiente luminoso dictámen:

«Si no hubiéseis venido á nuestra montaña, tampoco hubiera venido á ella vuestro criado shan. Si ese shan no hubiese venido, nuestro camarada no se habría marchado á Bhamo. De consiguiente vos sois culpable, y ó pagaréis mil francos de daños y perjuicios, ó nos devolveréis el fugitivo...»

Eso parece cosa de broma; pero lo que no tiene duda alguna es que el pobre Padre tendrá que acomodarse á este fallo, ya que de lo contrario vendría la *dette*, la *vendetta* de los italianos y de los corsos, y el mejor día la casa del P. Cadoux, su iglesia y tal vez toda la aldea serían incendiadas, saqueadas y... gracias con que la cabeza del misionero quedase sobre sus hombros. Lo negro se volverá blanco, pero el ka-khien no renunciará á su venganza.

PERSIA.

Carta del Ilmo. Cluzel, delegado apostólico.

Urmiah, 15 de Diciembre de 1880.

Pruebas terribles nos obligan á implorar de nuevo la caridad de los católicos. A pesar de una buena cosecha, las epidemias, consecuencia del hambre, continuaban causando numerosas víctimas, cuando de repente cayó sobre este desgraciado país el más tremendo de todos los azotes. Una guerra de devastación, de incendio, de carnicería, ha dejado en pocas semanas miles de infortunados sin pan, sin vestidos, sin abrigo, y esto al entrar en el invierno. Hé aquí la causa: en las altas montañas del

Kurdistan otomano, al Sur del valle de Urmiah, reina un personaje famoso en estos países, el Cheik Ubeid-Ullah de Nawdjia, súbdito de la Sublime Puerta, hombre feroz y sanguinario, y no obstante venerado de los suyos como un profeta. En la guerra contra Rusia ordenó la matanza de Bayazid (1): inofensivos contra las tropas rusas, sus hordas cometieron horrores inauditos en los súbditos cristianos del Sultán en toda la Armenia.

Hoy el Cheik Ubeid-Ullah trata de crearse un principado independiente en los montes del Kurdistan á expensas de Turquía y Persia: dicese suscitado por Dios, y según él su reino debiera haber comenzado hace siete años, pero hasta el otoño de 1879 no se rebeló abiertamente contra el Sultán y le declaró la guerra, consiguiendo batir algunas divisiones de tropa que contra él enviaron; y como la Sublime Puerta tenía que luchar con otras dificultades por el lado de Europa, hizo paces con él.

Este año, á la vez que daba á la Persia mil seguridades de paz y amistad, el Cheik preparaba tres cuerpos de tropas para lanzarlos cuanto antes sobre nuestro país. El primero, á las órdenes de su segundo hijo Abd-ul-Kader, invadió la Persia por el Sudeste del llano de Urmiah y se apoderó fácilmente de varias comarcas, y aun de Sudj-Bulak, ciudad importante de esta parte del Kurdistan. Toda esta region está poblada de grandes tribus kurdas, sunnitas de religion, correligionarias del Cheik y por consiguiente dispuestas á ponerse á su servicio; con lo cual pudo disponer, si no de un ejército, cuando menos de bandas muy temibles.

Continuando su correría, nuestro jóven conquistador encontró la pequeña ciudad de Mian-deu-aw, hermosa y rica, pero chiita de religion, y por este motivo muy hostil á los sunnitas. En vano los habitantes intentaron defenderse. Los kurdos acuchillaron á 4 ó 5,000 musulmanes, cincuenta familias judías y veinte familias armenias.

Los bárbaros arrancaban los niños de los brazos de sus madres, y lanzándolos al aire les enviaban una bala ó los recibían con la punta del sable. Esta matanza sembró el terror por todos estos países. Si Abd-ul-Kader ha causado mucho mal, su padre le ha aventajado en crueldad.

El viejo Cheik Ubeid-Ullah, animado sin duda por los triunfos de su hijo, púsose al frente de otras hordas y lanzólas, en número de 6 á 7,000 hombres, al valle de Urmiah. Intimó á la ciudad que se rindiese á discreción, bajo pena de un tratamiento más terrible todavía que el de Mian-deu-aw. Esto no obstante, encontró resistencia, y los kurdos perdieron mucha gente sin lograr apoderarse de Urmiah. Fuimos bloqueados casi un mes, y durante el sitio las numerosas y bellas poblaciones que cubren el llano quedaron á merced del invasor. Es inútil entrar en detalles. Fácilmente se concibe de qué son capaces algunos miles de kurdos feroces, ávidos de botín, que recorren un pequeño país sin encontrar resistencia. El terror era tan grande que los habitantes de los principales pueblos emprendían la fuga al aproximarse alguna partida de aquellos bandidos.

Doscientos pueblos han sido destruidos, y doce de

(1) Población de 5,000 almas en el bajalato de Van (Armenia turca).

nuestras más hermosas cristiandades están enteramente dispersas. Siete de nuestras mejores capillas, saqueadas y profanadas, han sido convertidas en caballerizas. Las cruces, los cuadros, las imágenes, los ornamentos y vasos sagrados han caído en poder de aquellos desalmados. Nuestros sacerdotes indígenas han sido despojados hasta de la ropa que llevaban.

He tenido en mi casa al obispo nestoriano de Guiavilan, quien me mostraba su vestido hecho girones.

—Vos conoceis mi estado precedente, me decia: ahora nos hemos reunido muchas familias en una casa que ha conservado su puerta. Por la noche nos estrechamos junto al fuego, y para comer sólo tenemos un tarro: cuando una familia ha concluido, lo pasa á otra.

El mismo obispo me decia tambien el invierno último:

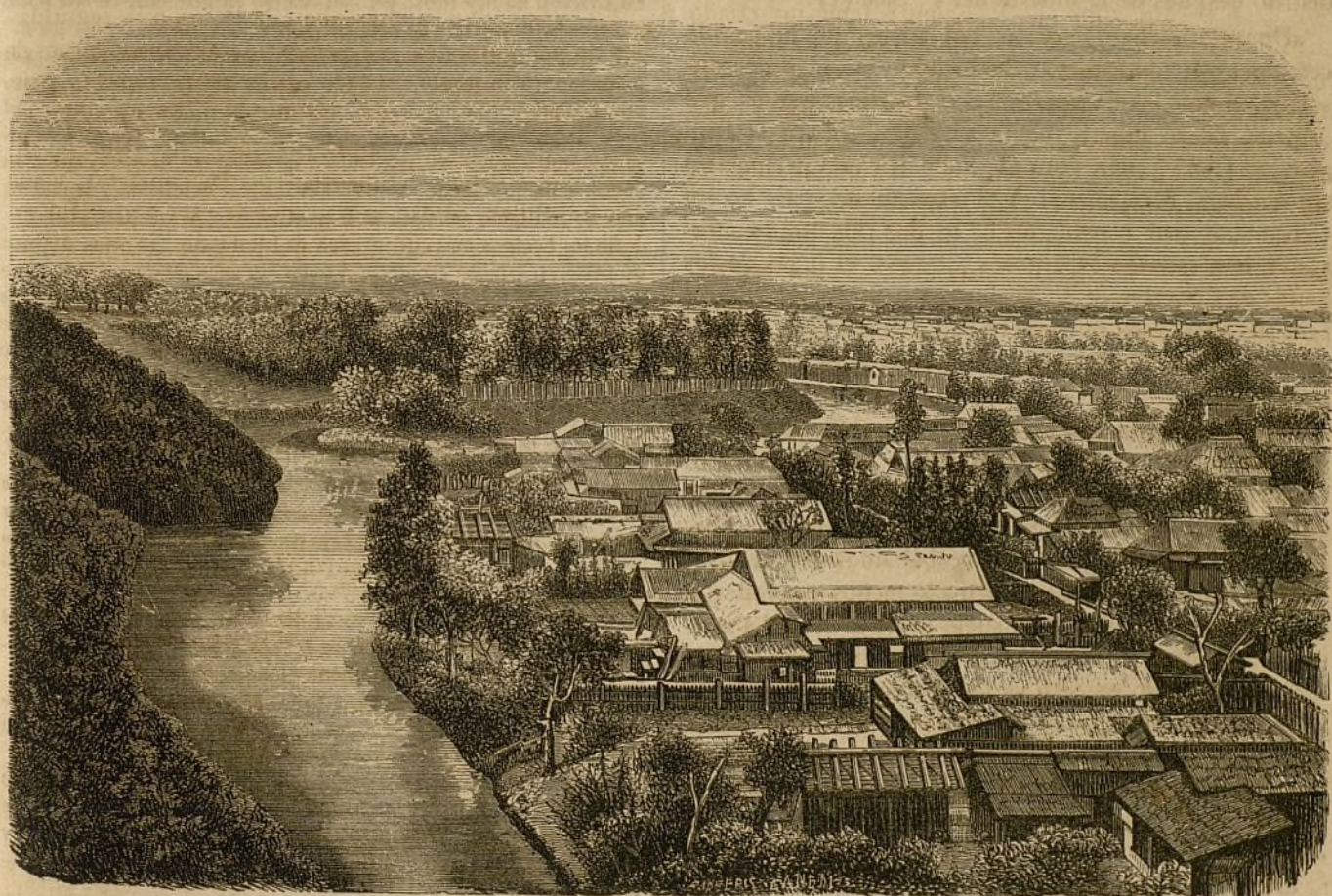
—Hasta la cosecha hemos sufrido todos, y muchos han muerto de miseria; pero, aunque privados de pan,

teníamos al menos alguna ropa con que cubrirnos, algunas miserables camas para dormir, y un sitio abrigado durante el frío. Hoy carecemos de todo á un tiempo, y apenas comienza el invierno! En tales condiciones ¿podemos prometernos vivir mucho? Tened piedad de nosotros, monseñor, y haced conocer nuestras desgracias á las buenas almas del *Frenkistan* (Europa), para que continúen socorriéndonos y podamos escapar de la muerte.

Un jóven del mismo pueblo me decia tambien:

—Ya sabeis, monseñor, que he perdido á mi padre y que tengo enfermos á mi madre, dos hermanas y un hermano. Tenia tres sacos de trigo, y los kurdos han saqueado enteramente nuestra casa. Para descansar no tenemos más que una vieja estera. No nos queda otro amparo que Dios en el cielo y vos en la tierra, y si nos abandonais, presto moriremos de hambre y frío.

Al decir esto lloraba, y por mi parte no pude menos



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA. — Vista de Dotomatchi ú Honjó. (Pág. 179).

de llorar con él, sobre todo al considerar mi absoluta impotencia para socorrerle.

Tal es la situación de muchos miles de infortunados, gracias á esta invasion, que ha pasado como un huracán por el valle de Urmiah. Las ruinas son inmensas. Los kurdos han arrebatado al menos veinte mil cabezas de ganado. Las víctimas han sido numerosas, sobre todo entre los musulmanes. Muchos cadáveres han quedado insepultos, siendo devorados por bestias carnívoras. En una palabra, el aspecto de la llanura de Urmiah es desolador, y nadie puede salir de su casa sin exponerse á ser asaltado y despojado.

Esta triste posición se agrava aún más con la presencia de numerosas tropas persas reunidas para la defensa

del país. Los kurdos se han retirado á sus montes llevándose un inmenso botín, pero los soldados persas, que se han estacionado en estas comarcas asoladas, acabarán de arruinarnos. El hambre y la mortandad han comenzado ya, viéndonos asediados de pobres, entre los cuales son hoy los más infelices los que ayer gozaban de mejor posición...

INDOSTAN.

Carta del Ilmo. Laouenan, vicario apostólico de Pondichery.

Pondichery, 29 de Diciembre de 1880.

Os he participado ya que el presente invierno, al contrario de los cuatro ó cinco precedentes, era sumamente lluvioso. Para colmo de infortunio ha sobrevenido un

ciclon cuyos efectos casi se han extendido sobre todo el vicariato, entre las montañas y el mar.

Estalló el 21 de Noviembre, arrojando torrentes de agua, haciendo desbordar los ríos y desaparecer los caminos, barriendo las cosechas y causando la destrucción de gran número de pueblos.

El P. Aloysius me escribe desde Perumaniur, en el Sud, que el país está inundado en todo lo que alcanza la vista, y que muchas poblaciones párias han sido arrasadas por el torrente. Estas pobres gentes refugiábanse en todas partes. Algunos buscaron un abrigo en una pequeña iglesia que teníamos en Vaypur. El edificio era poco sólido, pues se había construido en un suelo sin consistencia, y se vino al suelo, matando é hiriendo á unas diez personas. La iglesia de Vadugarey y otras capillas han quedado igualmente destruidas.

Hé aquí lo que me escribe el P. Gandy al volver á su distrito despues de la muerte del P. Sicé (1):

«Durante las tres semanas tan tristes que he pasado cerca del querido enfermo, he recibido las más desconsoladoras noticias de nuestros dos distritos: así es que despues de su muerte heme apresurado á volver á mi puesto. ¡Ah! ¡cuán duro me fué partir de Cottapaleam sin tan buen compañero! ¡Y el aspecto del país no era ciertamente para consolarme! Los dos ríos que lo atraviesan han causado espantosos estragos. El lugar de los párias de Coneripatty no es sino un monton de ruinas. Con sus casas esos infelices lo han perdido todo. Verdad es que todo era muy poca cosa, pero para ellos valia muchísimo.

«El río de Athur ha causado destrozos aún más terribles: el pueblo de Tulukenam, en el que contábamos cierto número de familias de neófitos, ha desaparecido enteramente ó poco menos. En Manivelangam no quedan vestigios de la iglesia que acabábamos de construir. Allí las aguas no sólo han derribado techos y paredes, si que aún han descubierto el suelo hasta la roca. La iglesia de Jettapur, construida con toda solidez, ha podido resistir, sufriendo empero varios desperfectos. Las aguas subieron tan alto, que se llevaron el magnífico crucifijo colocado sobre el altar: felizmente la inundación tuvo lugar de día, que á ser de noche hubiera arrastrado tantos cadáveres como árboles, techos, vigas y restos de todo género.

«Héme aquí otra vez en medio de gentes reducidas á la mayor miseria: todos vienen, como en tiempo del hambre, á refugiarse á mi lado, contándome sus desdichas, exponiéndome sus necesidades é implorando mis socorros. Mas ¿qué puedo hacer por ellos si V. I. no viene en mi ayuda? Acordaos, pues, ilustrísimo señor, que esos desventurados son casi todos neófitos: despues de haberles conservado la vida durante el hambre y haberles engendrado á Jesucristo, ¿podemos por ventura abandonarles en esta nueva angustia?»

En la montaña de Shevaray los perjuicios causados por el huracán han sido igualmente desastrosos: vense allí plantaciones de café destruidas, casas arrastradas y ruinas por do quiera.

En Vellore, Vellantanguel, Vicravandy, Alladhy, Cottapaleam, Vaduguerpatty, casi por todas partes, en una palabra, las iglesias, capillas y residencias han sufrido

bastante, sin hablar de los diques de los estanques destruidos y de los pueblos arruinados. He distribuido ya más de diez mil francos entre los distritos más necesitados, y estoy léjos aún de haber provisto á todas las necesidades urgentes.

Despues de cuatro ó cinco años de sufrimientos esperaba para mi vicariato una abundante cosecha, y hélo ahí en gran parte sumido en miseria y luto...

JAPON.

No léjos de la ciudad de Nagasaki y al pié de la bella montaña de Compira se extiende un magnífico valle, conocido con el nombre de Uracami, desde hoy célebre en los anales de la Iglesia del Japon. La población que la habita se compone de labradores ó artesanos; y la cercanía de la ciudad, procurando á éstos un trabajo remunerador, ofrece á los primeros un mercado fácil para los productos del suelo. En Uracami no hay ricos, pero en cambio encuéntrase en ella pocos indigentes. El número de habitantes es de 5 á 6,000.

Predicóse en él la fe en el siglo XVII; construyéronse iglesias, y la población entera parece que desde aquella época abrazó el Cristianismo. Los primeros confesores de Jesucristo en el Japon, dirigiéndose al lugar de su suplicio, debieron atravesar este valle, y su sangre fué para Uracami semilla de cristianos y de mártires. La persecución, en efecto, durante algunos siglos llevó allí la desolación y la muerte, mas no consiguió extinguir la fe en el corazón de sus habitantes.

En los tiempos más críticos, aún en los mismos en que, privados de pastores, estaban expuestos á todas las seducciones, espíados, perseguidos, obligados á actos externos que reprobaban en el fondo de sus almas, aquellos cristianos reuníanse con frecuencia, protegidos por las tinieblas de la noche, sobre las ruinas de un oratorio dedicado en otro tiempo á santa Clara, y allí, como antiguamente los judíos sobre los humeantes restos de Jerusalem y del templo, oraban al Padre celestial, haciendo votos para que llegase pronto el día en que surgiese un nuevo templo y una nueva cristiandad.

Por lo común era en el secreto de la familia donde los miembros que la componían, agrupados en torno de su jefe, rezaban los restos de oraciones que sus padres les habían enseñado. Un día á la semana observábase el descanso del Señor, y hasta practicaban el ayuno cuadragesimal. Al nacer un niño llamábase á toda prisa al bautizante, quien vertía el agua santa sobre la cabeza del recién nacido, imponiendo el nombre de un patron, ese nombre del *alma*, como decían, y cuyo secreto no se dejaba conocer á ningún profano.

A veces dirigían la vista hácia el Occidente, escudriñando el horizonte para ver si de la gran Roma iban á llegar los mensajeros de la buena nueva, los *padres de sus almas*!

Esos votos fueron atendidos. Cierta día, abordando los misioneros á aquella lejana tierra en frente del valle, al otro lado de la rada de Nagasaki, elevaron un templo al verdadero Dios, un altar á María, y la cruz por tanto tiempo hollada colocóse en el remate del nuevo edificio.

Los habitantes de Uracami fueron los primeros en visitar ese templo, los primeros en reconocer á los enviados del Padre común de los fieles, los primeros en volver á la práctica de la religión y en declararse cristianos, y asimismo fueron las primeras y principales víctimas de la persecución que estalló en breve.

Mas en las cárceles, en los tormentos y en el destierro confesaron á Jesucristo y permanecieron fieles á las promesas de su bautismo. Durante muchos años el valle de Uracami pareció un desierto, pues había perdido las dos terceras partes de sus habitantes, dispersados, por causa de la fe, en todos los calabozos del Imperio.

Dios tuvo piedad de su pueblo y abrevió la duración de la prueba. Abriéronse las cárceles, y de todas partes los confesores de la fe regresaron á su querido valle, en donde sólo encontraron ruinas. Antes de reedificar sus moradas su primer cuidado fué recibir los Sacramentos y preparar nuevos oratorios en los que pudiesen orar y oír la santa Misa.

Pronto olvidáronse los padecimientos y persecuciones, y el valle volvió á adquirir su aspecto ordinario. Los habitantes eran más pobres de bienes de la tierra, pero más ricos de méritos ante Dios. La paz de que gozaron desde entonces y la libertad que les fué concedida de practicar su religión, permitiéronles dar libre curso al fervor de su

(1) Este misionero falleció el 3 de Diciembre de 1880.

celo, y al presente el valle de Uracami es uno de los países más cristianos de la tierra.

Oratorios, escuelas, huerfanatos, hospital, comunidad de vírgenes, cofradías, todas esas obras que responden tan admirablemente á las necesidades del alma y del cuerpo, ninguna falta en aquel dichoso valle.

Mas hace mucho tiempo que nuestros cristianos tienen la ambición de levantar un templo menos indigno de la majestad divina y más en relacion con las necesidades y el fervor de la población cristiana. Este proyecto no es de fecha reciente. Al siguiente día de la llegada de los misioneros y cuando la persecucion parecia inminente, decían señalando la iglesia de Nagasaki: «Padres, queremos elevar un templo como el que habeis construido en la ciudad.» La persecucion que se promovió al poco tiempo obligó á dilatar la ejecucion de su designio. Hoy, mejoradas las circunstancias, levántase en el valle un monumento digno de su destino.

En la memoria anual de sus trabajos en Uracami, el Rdo. Poirier, encargado de aquella importante cristiandad, hace á su obispo, el ilustrísimo Petitjean, la historia de dicha construccion en los siguientes términos:

Hasta el presente habia en el valle de Uracami una sola iglesia ó capilla dedicada á san Juan Bautista y situada en el pueblecito de Doi, la que era suficiente, todo lo más, para contener doscientas personas. Esto no era sino una primera etapa, una toma de posesion, y todos teníamos ya la firme confianza de que el Señor accederia á nuestros más ardientes votos, procurándonos los medios de tener un local espacioso y mejor situado, pues San Juan Bautista se encuentra en la extremidad Sur del valle.

Un excelente cristiano originario de Uracami y habitante cerca de la iglesia de San Pedro en Nagasaki, habia regalado á la comunión cristiana de su pueblo natal un campo suficiente vasto para que pudiese pensarse en edificar en él la iglesia de antemano dedicada á la Inmaculada Virgen, Nuestra Señora del Japon, que ha conservado durante algunos siglos la verdadera fe en el corazón de nuestros queridos japoneses (1). Pero el solar en cuestion, aunque perfectamente situado en el centro del valle, era relativamente estrecho y rodeado de propiedades pertenecientes á paganos que hubiera sido difícil adquirir.

Así que con vuestra autorizacion y los auxilios del Ilmo. Laucaigne nos fué posible pensar seriamente en la construccion de una iglesia en Uracami, puse con ardor manos á la obra. A mi juicio requeríase tiempo, y sobre todo oraciones, á fin de atraer las bendiciones celestiales: por lo tanto encomendé á mis queridos cristianos que suplicasen á la divina Providencia allanase todas las dificultades.

Segun nuestras previsiones, no han faltado obstáculos, pero Dios, para probar cuán grata le era esta obra, la ha bendecido visiblemente, y su éxito ha sobrepujado nuestras esperanzas.

El campo de que he hablado más arriba no tenia en favor suyo sino su posición central y su sitio elevado; pero además del inconveniente que ya he señalado, no existe cerca de él construccion alguna ni cuenta ningun recuerdo religioso.

Sin embargo existe en el centro del valle, á algunos centenares de pasos más al Sur, una elevada colina á pico de tres lados, y cuya cumbre ha sido nivelada hace

(1) A los piés de la imagen de la santísima Virgen, en la iglesia de Nagasaki, los cristianos de Uracami revelaron al Ilmo. Petitjean su fe y sus deseos de cumplir las prácticas de la misma.

siglos. Sobre esta meseta aislada y que sólo se une al monte Campira por el lado de Levante, elevábase la habitacion de la familia de los oficiales que han gobernado Uracami durante cinco ó seis siglos, y que descendia, segun se dice, de los antiguos daimios de Higo, la cual arruinada en parte por guerras desastrosas, habia venido á refugiarse en el valle.

Esta familia ¿fué nunca cristiana? Lo dudo; y en todo caso, por confesion misma de los miembros sobrevivientes, no queda ningun recuerdo, y como sus jefes se venian transmitiendo por herencia hace cinco ó seis siglos el gobierno de Uracami, desde el principio de la persecucion debieron prestar su concurso, y de padres á hijos servir de instrumentos dóciles á los perseguidores. Un hecho indudable es que así ha sucedido durante muchos años. Buen número de cristianos todavía existentes pueden atestiguar haber sido torturados por orden de los jefes de esta familia.

Allí tambien cada año los habitantes del valle se veian obligados á pisar la cruz. Muchos, por no haber querido prestarse á ello al momento, recuerdan haber sido atados á un árbol, que todavía existe en el centro del patio principal, cerca de la entrada de la casa.

Por fin, en este vasto patio hace diez años fueron convocados por orden de los últimos jefes de la familia Tacadani (este es su nombre) todos los cristianos de Uracami, significándoles la sentencia que les condenaba al destierro. Mandóseles al mismo tiempo que pasasen á bordo de los buques que debian transportarles, bajo pena de ser fusilados sin dilacion. Todos obedecieron, prefiriendo el destierro á la apostasia.

Mas Dios no abandonó á sus hijos perseguidos, y es el caso, ilustrísimo señor, de cantar con María: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*.

El jefe que comunicó á los cristianos la orden de partir para el destierro murió poco despues; su hijo mayor fué muerto por el fuego trabajando en las minas de carbon de Tacadjima, y no queda sino un niño de doce años, muy delicado de salud. A todas esas desdichas ha venido á añadirse para la viuda y su hijo una gran pobreza. Mientras el padre fué jefe del canton tuvo su sueldo, pero despues de su muerte nada percibe la familia. El empleo que ocupaba, en vez de pasar, como antes, en herencia á manos de los hijos ó hermanos del difunto, ha sido confiado á otro por el sufragio universal (modo actualmente en uso en el Japon para la eleccion de los oficiales municipales), de suerte que la familia Tacadani ha quedado sin recursos.

Se ha visto obligada á vender primero todos los bosques que cubrian esa bella colina de Yamazato, y por último, en el momento en que suplicábamos á María que se escogiese un trono sobre una de las numerosas colinas de Uracami, la morada señorial de los antiguos perseguidores de la Religion se ponía en venta con todas sus dependencias.

Así que llegó esto á noticia de los cristianos, sólo tuvieron un deseo, el de ver levantarse la casa de Dios en el mismo lugar en que habia querido obligárseles á ofenderle pisoteando la cruz.

Redoblóse entonces el fervor: por su parte el demonio opuso todos los obstáculos posibles á la realizacion de nuestros deseos, pero no pudo salirse con la suya, y

el 4 de Junio último, solemnidad del sagrado Corazon de Jesús, fué firmado el contrato de compra. El 7 de Julio siguiente, fiesta de los 205 Mártires japoneses, empezáronse los trabajos necesarios para transformar las antiguas construcciones en iglesia provisional. El 15 de Agosto estuvieron bastante adelantados para que pudieran celebrar la santa Misa en el nuevo santuario, arrebatado al infierno y destinado en adelante á glorificar á nuestro Señor Jesucristo y á su santa é inmaculada Madre.

Renuncio, ilustrísimo señor, á describiros el ardor con que se ha trabajado durante esas cinco semanas. Sólo la fe puede producir tal resultado. Así, ¡cuál no fué el gozo en la mañana del 15 de Agosto, y cuánta la multitud de cristianos que acudieron á pesar del mal tiempo! Ascendieron á 1,500 personas por lo menos el número de asistentes.

Un excelente católico portugués, el Sr. Braga, de Hong-Kong, actualmente empleado en la contabilidad de las hulleras de Tacadjima, vino la vispera á prestar su solícito concurso para la decoracion del nuevo templo, satisfaciendo todos los gastos. ¡Que Dios bendiga á ese piadoso católico!

La iglesia puede contener fácilmente 1,400 personas. Celebraré en ella la misa todos los domingos hasta la terminacion de los trabajos y que venga V. I. á trasladar á Nuestro Señor, que reside constantemente en la capilla de San Juan Bautista en Doi.

Dispénseme V. I. si me he extendido tanto acerca este asunto. Deseaba mostraros cómo la Providencia bendice y recompensa la fe de nuestros queridos cristianos, y poner en vuestro conocimiento las circunstancias que han contribuido á la fundacion del santuario á la Madre de Dios, reina y patrona del Japon.



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA. — Vista de Jyajima. (Pág. 180).

ALTO ZAMBESE

(ÁFRICA AUSTRAL).

Gubulawayo, 20 de Junio de 1880.

Desde la partida de nuestros compañeros, unos en direccion del Norte y otros del Este (1), ningun hecho importante ha interrumpido la monotonía de nuestros dias, que se suceden y parecen todos más ó menos.

Mañana, 21, celebramos la fiesta de san Luis Gonzaga, patron de la juventud. ¡Oh! ¡cuánto necesita nuestra juventud africana los ejemplos y la proteccion de este gran Santo! Aquí todo está aún por hacer respecto á la educacion de la infancia y de la adolescencia. Es pre-

(1) V. pág. 7.

ciso vivir en Gubulawayo para comprender el abismo que separa las generaciones educadas en la fe y en el amor de Jesucristo, de las que son presa de abominables supersticiones y de costumbres más abominables todavía.

Tambien mañana entraremos en el solsticio de invierno, mientras que vosotros estaréis en el de estío. A pesar de la zona tropical en que vivimos, por 20° de latitud Sur, los frios que experimentamos en nuestras montañas, á 1,675 metros sobre el nivel del mar, son tales al presente que interrumpen los trabajos de construccion de nuestra capilla del Sagrado Corazon de Jesús. Hoy, al medio dia, mi termómetro señala 4 grados bajo cero: nuestros pobres negros están transidos de frio:

apenas tienen hogares ni vestidos para calentarse, y el pigmento adiposo que vuelve su piel tan negra y les protege admirablemente contra los ardores del sol, parece no les defiende poco ni mucho de la escarcha.

No obstante el hielo, he podido terminar estos últimos días la cabaña de un catecúmeno leproso. En el extremo más retirado de nuestro *kraal* de los bueyes le hemos construido de cal y canto un abrigo sólido contra las lluvias del estío y los frios del invierno. Todos los días, mañana y tarde, viene arrastrándose para depositar su tacita de hierro ante la puerta, y nuestro Hermano Proost tiene especial gusto en llenársela con un buen pedazo de pan de maíz y excelentes restos de comida. El infeliz se vuelve consolado: de esta manera puede prolongar aún algún tiempo su miserable existencia. Esfuérzome en hacerle comprender todo lo posible las verdades esenciales de nuestra santa Religion, la única y verdadera consoladora de los afligidos. ¡Está tan contento, en su espantosa soledad, cuando voy á hablarle y hacerle compañía! ¡Dígnese el Señor tocar su corazón, y concederme este pobre leproso! Él sería las primicias de mi apostolado entre los negros.

30 de Junio.

Hace tres días hemos tenido una pequeña aventura que hubiera podido terminar trágicamente.

El P. Dewit deseaba visitar la ciudad negra y el palacio del rey Lo Bengula. Nos atrevimos, pues, á acercarnos á la morada Real, y nos internámos quizá demasiado en el gran *kraal* de los bueyes. Es de saber que este *kraal* es una especie de lugar sagrado, que ningún profano puede hollar ni manchar impunemente con su presencia. Habiéndonos visto algunos negros, al instante movióse entre ellos grande alboroto. Fuimos detenidos por uno de los jefes, y por poco nuestra curiosidad nos cuesta la vida.

El *induna* (jefe) de Gubulawayo, á quien procurámos dar explicaciones, parece que nada comprendía de nuestras excusas, y estaba á punto de hacérmelos pasar muy mal. En tan crítico trance juzgámos que el mejor partido que podíamos adoptar era recurrir á nuestros amigos los ingleses, y por lo tanto hicimos nos acompañaran á casa de un comerciante establecido diez años há en Gubulawayo. El excelente Sr. Tainton nos prestó un gran servicio. Explicó lo mejor que pudo nuestro caso al *induna*, y el asunto pudo concluirse amigablemente. Convino el jefe en que los desvelos que prodigámos á los enfermos de la tribu merecen el reconocimiento de todos los habitantes de Gubulawayo, y por esta razón decisiva contentóse con imponernos una multa consistente en tres cobertores de algodón y una libra de pólvora. El *induna* viene desde entonces á tomar el café con nosotros, y al presente somos cordiales amigos.

12 de Agosto.

Por fin he podido terminar nuestra pequeña capilla: por más de una razón hemos debido ser modestos y prudentes; así es que no le hemos dado un aspecto monumental. Visto exteriormente diríase que es una casa común; mas por dentro la hemos adornado tan bien como hemos podido con los dones que nos hizo á nuestra partida la caritativa piedad de nuestros amigos de Bélgica.

Un carpintero blanco, el Sr. Jhon Heliat, transeunte, nos ha ayudado mucho en la construcción de nuestro

santuario. Con él fui hace algunas semanas al «monte de las serpientes», *Entab-Enioka*, á tres leguas de aquí, para cortar la madera que nos era indispensable y que tomamos previa autorización. Ha sido preciso transportar ó arrastrar á fuerza de brazos, á través de torrentes y malezas, las vigas que necesitábamos. Os aseguro que no ha sido pequeño trabajo éste, pero al fin hemos salido con la nuestra, y hémos ya recompensados de nuestras fatigas.

Recorriendo los bosques del monte *Enioka* he podido apreciar las bellezas de este país: torrentes, cascadas, puntos de vista pintorescos, vegetación admirable. Aves de todo plumaje y de todos gorjeos hacían resonar el bosque con sus cantos, ó mejor, con sus melodiosos trinos. Un pájaro sobre todo me ha interesado vivamente, el *cuervo sonante*. Dase aquí este nombre á un bipedo bastante parecido á nuestras cornejas, el cual á regulares intervalos hace oír un agudo grito que de léjos diríase es el son argentino de la campana de una ermita. ¡Cuán poético es todo esto! ¿no es verdad? Pues bien, nadie hay que admire en estos lugares tales maravillas y las bellezas variadas al infinito de la naturaleza africana. Los pobres negros pasan por sus espléndidos bosques como rebaños errantes, fijos los ojos únicamente en la tierra, y sólo preocupados en su grosero alimento cotidiano. Viven y mueren casi como animales, sin elevar nunca su mente al Autor de su sér, el Creador de todas las cosas. *Curvæ in terram animæ et cœlestium inanēs*. Sólo Jesucristo podrá sacarles de su bestial ceguera: nosotros nada podemos; su gracia lo podrá todo.

Mas ¡cuántas dificultades tendrémos que vencer antes de acostumbrar á esos pueblos á las ideas y á las costumbres del Evangelio! Conversando há poco con un comerciante inglés, establecido aquí hace unos diez años, me ha repetido que humanamente hablando nada absolutamente puede esperarse. «El primero de los matabeles, me decía, que se convierta por convicción y quiera vivir cristianamente, quedará abrumado el día siguiente.» Sí, las costumbres y las instituciones de este pueblo son diametralmente opuestas á la fe cristiana. Exigir cada día la práctica de la ley moral por entero, la restitución en los casos de robo, la renuncia á los inveterados odios de familia, la inviolabilidad y la dignidad del matrimonio, la castidad, la caridad, ¡oh! ¡cuán imposible es todo eso á la naturaleza caída, y cómo tocamos aquí á cada momento la necesidad de la gracia del divino Libertador! El único pensamiento que impide desesperemos, es que la historia de la Iglesia muéstranos más de una nación, tan bárbara como nuestros cafres de África, sometiéndose al amable yugo del Salvador.

Al lado de esta formidable oposición de las pasiones rebeldes descubro á veces en el corazón de esos salvajes lo que Tertuliano llama «el testimonio del alma naturalmente cristiana.» A pesar de ser ladrones descarados, bandidos decididos, malhechores, sensuales, etc., aún existe algo de bueno en ellos. Si no fuese la dominación de los hechiceros, que son el alma del gobierno y de la vida doméstica, pudiera contarse desde luego con algunas seguridades de conversión.

Empezamos á hablar regularmente la lengua de los matabeles, y aprovechamos cuántas ocasiones se nos

ofrecen para hacer conocer á los negros con quienes estamos en relaciones las verdades fundamentales de nuestra santa Religion. Escuchan, es verdad, nuestras palabras, pero tienen tan escasas nociones espirituales, tan pocas ideas elevadas sobre los conceptos puramente materiales, que cuéstaes muchísimo comprender lo que á toda costa queremos inculcarles. Tienen una idea vaga de un Sér supremo, pero no rinden culto alguno á ese Dios, ni le dirigen una oracion: los Espíritus, muy groseramente entendidos, juegan cierto papel en su sistema religioso. Las dos fiestas en honor de los Espíritus de Lo Bengula, de Mozilikatsé, su padre, y de Matcheban, su abuelo, con más algunas ceremonias supersticiosas, con escandalosos sortilegios y truhanerías, á esto se reduce toda la religion de esos infelices salvajes.

Añádase á lo dicho que su inteligencia es bastante obtusa: no tienen el menor conocimiento de la division del tiempo, ninguna idea de cálculo, ni otra industria que la de las artes más indispensables á la vida: no cuentan por semanas ni años, sino que siguen maquinalmente las lunas y las dos estaciones, la de las lluvias y la de los frios.

Numerosos visitantes vienen todos los dias á encontrarnos, sea para mendigar ó vender alguna cosa, sea para curar de sus enfermedades ó matar el tiempo, pues hay que saber que cuando no están en guerra, matar el tiempo es la grande ocupacion de los matabeles.

Como este pueblo es esencialmente materialista y no vive, por así decirlo, sino por y para los sentidos, tenemos que materializar y hacer sensibles todas las lecciones morales y religiosas que tratamos de darle.

Las imágenes de Jesucristo y de su santísima Madre parece causan alguna impresion en ellos: la representacion de los principales misterios y las Estaciones del *Via Crucis*, á la verdad no les dejan insensibles, y por lo menos excitan su curiosidad. A continuacion damos de ello algunas pruebas.

Los amazisis son una pequeña colonia de hotentotes llegados del Sur con Mozilikatsé, y habitan á una legua de aquí. Algunas mujeres de esta tribu vinieron hace tres semanas á asistir á los santos Oficios en nuestra *itherhe*, como dicen en su jerga del Cabo. Deseaban ver nuestros cuadros de la *Pasion del Salvador*, de que habian oido hablar. Díjeles que no estaban aún desarrollados, y que más tarde se los explicaria. Nos consta que estas mujeres son tan curiosas como interesadas, y que por una taza de café profesarian todas las religiones de la tierra. Así es que nos ponemos en guardia respecto á ellas. Tenemos, no obstante, alguna esperanza respecto á dos de esas familias de amazisis, pero deberá procederse con lentitud y prudencia, probarlas sólidamente é instruir las á fondo.

Otro hecho. Cierta dia, mientras almorzábamos tranquilamente, oyóse de pronto gran tumulto en nuestro cercado. Nuestros negros y nuestros perros, bueyes y gallos gritaban á competencia. Corremos para saber lo que sucede, y con grande asombro vemos en medio del cercado dos mujeres cubiertas con dos inmensos paños de color rojo brillante. Eran dos esposas de Lo Bengula, dos reinas: adelántanse hácia la puerta de la casa, agáchanse hasta el suelo, segun la etiqueta del país, y despues de dirigiarnos un profundo saludo una de ellas nos

dice: *Lambile* (Tengo hambre), y la otra: *Agdem pizinkwa* (Dadme pan). Ofrecémosles una taza de café, en la cual Sus Altezas echan mucho azúcar, pero nada de leche, por estar ésta reservada á los niños: luego les servimos una rebanada de pan, que parece ser para ellas un bocado exquisito. Les decimos que esto no es otra cosa que harina de maíz, de arroz y de trigo mezclado y amasado con su cerveza *utchwala*. Al probar dicho pan extasiáanse y exclaman repetidas veces: *¡A makowas!... ¡A makowas!...* (¡Estos blancos!... ¡Estos blancos!...). Cuando en seguida les hacemos comprender que este buen café que tanto les gusta no es otra cosa que su haba de *inslowo* tostada, molida y puesta en infusion en agua hirviente, no pueden contenerse, y pasmadas de admiracion prorumpen en reiteradas exclamaciones.

Antes de despedir á las Reales visitantes mostrámosles nuestras oleografías representando escenas del Nuevo Testamento, diciéndoles que hace más de mil ochocientos años, Jesucristo, Hijo de Dios, descendió á la tierra para nuestro bien; que hombres malvados, en vez de amarle y agradecerle sus beneficios, le hicieron morir en una cruz; que este Hijo de Dios resucitó y estableció los sacerdotes, los *abafundisi*, para hacer bien á todos los pueblos, y en particular á los matabeles, como lo hubiera hecho el mismo Jesucristo, á haber vivido en su país.

Estas pobres criaturas escuchaban mis explicaciones con ternura, é inclináronse profundamente ante los cuadros que representan la Pasion del Salvador.

Empero, por desgracia todo se limitará á esto. Las reinas son las esclavas del rey, y no pueden pensar de otra manera que su augusto esposo. En fin, antes de salir nos piden un regalo: *Tusa, tusa*. Damos á cada una dos botones de cobre, los cuales ponen el colmo al gozo de esas dos nobles esposas del poderoso monarca del África austral.

Otro rasgo de costumbres del mismo género. Poco tiempo antes cierta mañana tempranito una tropa de reinas penetró sin saberlo nosotros en nuestra capilla. Acudimos presurosos, y encontrámoslas admirando las toallas del altar, los ornamentos sacerdotales, las albas, las casullas, etc., todo lo cual excitaba su codicia, y quisiéranlo hacer servir de *limbo* ó trozo de tela. La cruz, los candeleros de cobre, las vinajeras, etc., debieran asimismo convertirse para ellas en brazaletes... Nada menos que eso: parecían insaciables. Nos resistimos enérgicamente y ejercimos muy activa vigilancia; pues cuando está consumado un hecho, los negros riéanse de todo, y las cosas quedan así. Las anexiones practicanse tambien aquí en muy grande escala. ¡Qué extraño pueblo! ¿cómo conseguiremos hacerle abrazar la moral cristiana?... Este es el negocio y el secreto de Dios... Entre tanto, oremos y trabajemos... *Oremus et laboremus*.

VIAJES.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

II.

DE AKITA Á SENDAI.

Lunes, 27 de Mayo. — En el barrio oficial de Akita hay 5,000 casas habitadas por los antiguos *herais* del príncipe de Akita y sus familias. La ciudad mercantil

cuenta 2,800 casas y 14,500 almas, siendo muy activo en ella el comercio, y exportándose á Yedo telas fabricadas con las sedas de la provincia. El arroz es transportado en juncos á las comarcas del Norte y principalmente á Hakodaté. Respecto á importaciones, encuéntrase telas y varios otros productos europeos.

Salimos de Akita á las dos de la tarde, y tomamos la direccion del Sur. El encuentro de una plantacion de morales á media legua de la ciudad nos excitó el deseo de ver por nosotros mismos qué grado de perfeccion alcanza allí la cria del gusano de seda. La casa en que entramos es la más renombrada de aquellos contornos por lo que respecta á la sericultura. Fuimos recibidos con mucha afabilidad, y el dueño nos proporcionó todos los datos apetecibles. Me reservo decir algo acerca esta industria para cuando lleguemos á los distritos verdaderamente seríclicos. Aquí me limito á señalar el punto más septentrional en donde existe el cultivo de la morera.

A una legua de Akita está situada *Araya*, ciudad de 4,000 almas. En la provincia que recorremos, la más supersticiosa del Imperio, todas las poblaciones tienen una ó más estatuas de *kamis*, colocadas en postes á la entrada: estos dioses protectores, fabricados de paja, con cabeza de mónstruo en madera, están encargados de contener las epidemias. Al salir de Araya, y á pocos pasos de un cartel declarando *secta infame* la religion cristiana, vimos uno de esos obscenos símbolos de la supersticion y del vicio.

Nagabama es un pueblo bien apellidado, pues que su nombre significa playa extensa. Sólo cuenta unas 20 casas, y quedaria relegado á perpétuo olvido si no fuese por la célebre batalla que se dió aquí en 1868. Los Tocugawas, mandados por el príncipe de Chonai, habian batido en varios encuentros á las tropas de Akita, de Honjo y de Jyajima, partidarias del Mikado, y entregado á las llamas y al saqueo las ciudades y pueblos del tránsito, y contaba apoderarse fácilmente de Kubuta, que distaba sólo una jornada. Desgraciadamente para ellos tres buques del Sur, llegados en socorro del príncipe de Akita, pudieron desembarcar tropas de refresco, cuyo efectivo, reunido á los restos de los ejércitos vencidos, constituian una fuerza imponente. La reunion de los Twanguns con los tres príncipes nombrados fué preludio de importantes sucesos. Desde entonces los partidarios del Taicun perdieron terreno constantemente. Dióse la primera batalla sobre los médanos de Nagahama: tras una lucha encarnizada los 8,000 hombres de Chonai huyeron en desórden, abandonando armas y bagajes, y quedaron cruelmente castigados de la devastacion y del pillaje que habian cometido, pues en su fuga tuvieron que permanecer tres dias sin víveres, por haber ellos mismos saqueado anteriormente todo el país del tránsito. Algunos dias más tarde, Chonai retiróse de la lucha, sometiéndose al Gobierno del Mikado. Su ejemplo fué seguido por los restantes príncipes del Norte, y así el valeroso Aidze quedó solo contra fuerzas diez veces superiores. Más adelante referiré cómo sucumbió despues de una heroica resistencia: es el único príncipe á cuya derrota no se puede ser insensible, pues todos los demás se mostraron cobardes.

Martes, 28.—En el momento en que tomamos el camino de la extensa playa arenosa, vemos centenares de

pescadores que arrastran á la ribera sus inmensas redes. Estamos en la época de la sardina. Requiérense de treinta á cuarenta hombres para retirar una sola red, cuya longitud alcanza hasta ochocientos metros. Parece increíble la cantidad de peces que se coge cada vez: cuéntaseles por millares. Cuando los pescadores divisan el extremo de la red arrójanse al agua, atan sólidamente el fondo en forma de saco, y la llevan á la orilla, en donde al instante mueren las sardinas. Las que se escapan son recogidas por las mujeres y los niños entre un tumulto indescriptible.

Existen en la playa gran número de salinas. El procedimiento en las mismas es de los más sencillos: recóge-se el agua marítima y se la pasa varias veces por la arena, dejándola evaporar luego en hoyos practicados en la orilla del mar. Un dia de coccion es más que suficiente. Despues de la evaporacion queda en las paredes y en el fondo de la concavidad una sal blanca como la nieve.

Sin embargo, la ocasion no era la más propicia para detenernos en contemplar á los pescadores y las salinas: debiamos atravesar aquella playa desolada. Un sol de fuego lanzaba sus rayos sobre nuestras cabezas, y era preciso andar con los piés desnudos por la ardiente arena. Para no abrasármelos creí prudente caminar por el agua. El de más edad de nuestros compañeros de viaje, habiéndose atrevido á proseguir la marcha sobre la abrasada arena, pagó cara su temeridad, pues desde la noche sus piés hinchados le hicieron sufrir agudos dolores, y hasta llegar á Yedo sintió gran debilidad en las piernas que con frecuencia le obligó á montar á caballo ó hacerse conducir en palanquin.

Desde Akita percibimos á nuestro frente una montaña cónica todavía cubierta de nieve, volcan extinguido de 3,200 metros de elevacion. Es el *Tchocaisan*.

Abandonando los médanos penetra el viajero en un bosque de pinos, que atraviesa un camino largo, solitario y umbroso. A dos kilómetros de distancia entra, casi sin advertirlo, en la ciudad de *Dotomatchi* (1,100 casas y 2,400 habitantes), antigua capital del principado de *Honjo*, cuyo nombre tambien lleva. Está situada á orillas de un hermoso rio, cuyas aguas se deslizan suavemente entre hayas cubiertas de verdor: floridos arbustos caen en festones sobre las aguas, y aves de todos matices vagan errantes por los islotes ó gorjean entre el follaje: todo ofrece un aspecto encantador. A nuestro paso la multitud llena las calles y no se retira hasta al anochecer, dispuesta á continuar el dia siguiente, desde la aurora, su punto de observacion.

Miércoles, 29.—Hacia el medio dia tomamos el camino del Sudeste, que atraviesa llanuras, valles y cuevas bien cultivados. Sucédense en gran número los pueblecitos, abundando el nogal en el país del Norte hasta las cercanías de Yedo. Es el mismo árbol con la misma hoja que el de Francia, y su fruto es igualmente sabroso, si bien difiere en la forma interior. Para extraerlo es preciso hacer hervir la nuez, por cuyo medio se desprende fácilmente de la cáscara.

A medida que uno se aleja de la orilla del mar encuéntrase una vegetacion más lozana y vigorosa. Entre el gran número de flores que descubro á cada paso citaré una variedad de *fudgi* (1), cuyos pétalos azules, pa-

(1) *Wysteria Sinensis*.

recidos á los de la acacia y exhalando la fragancia del lila, se agarran como planta parásita á los próximos árboles.

La campiña preséntase cada vez más bella. En todas direcciones ribazos cubiertos de árboles, y á los que magníficos *seghis* dan un tinte sombrío, ostentan riquísimo verdor. No existe quizá otro país que tenga tan gran variedad de árboles verdes como el Japon: cuéntanse más de cincuenta especies de árboles resinosos, entre los cuales los *seghis*, por sus dimensiones gigantescas y por su forma grandiosa, ocupan el primer lugar. Algunos botánicos creen que son cedros, y otros los juzgan cipreses: por mi parte no cortaré la cuestion, y les conservaré su nombre japonés.

A las seis de la tarde subimos á una colina adornada de esos bellos árboles, y desde ella pudimos contemplar el Tchocaisan, para cuya ascension se requieren por lo menos nueve horas. Ante nosotros se extiende un fértil valle, regado por el rio de Honjo. Los arrozales forman sabanas de agua sembradas de arbustos. Este es el valle de *Jyajima*, en el cual está situada la ciudad del mismo nombre, antiguo principado de escasa importancia. Una colina cubierta de *seghis* y de pinos forma el parque del *chiro*, á cuyo alrededor están edificadas las casas. El ex-príncipe de *Jyajima*, aliado de los Kwanguns, fué batido por Chonai, y su ciudad entregada al saqueo y á las llamas. Apenas está reedificada, y sólo cuenta 307 casas con 1,430 habitantes.

Jueves, 30, fiesta del Corpus.— Los valles se suceden, estrechándose cada vez más. El país está casi enteramente cultivado. En este instante se labran los arrozales ó los cavan con el azadon, sin que la lluvia interrumpa los trabajos. Nos detenemos en *Zenego*, villorrio situado en un hermoso valle, inmediato al rio de Honjo.

Viernes, 31.— El tiempo se anuncia desapacible. La niebla cubre los montes y desciende en breve á la llanura.

Hacemos alto en el lugarejo de *Kirinomi*, compuesto de cuatro ó cinco miserables chocillas. Al salir de aquí empiézase á subir el paso de Nozoki ó el Nozokitoghé, garganta poco elevada, pero magníficamente cubierta de gigantescos árboles. La primera curiosidad que se ofrece á la vista del viajero es el origen del rio de Honjo, precipitándose en cascada sobre las rocas. A través de esos verdes bosques divisamos algunas masas de nieve. Los japoneses me han asegurado que en todas las comarcas del Norte la altura de la nieve excede de seis metros en los terrenos llanos, llegando hasta diez y seis en las quebradas y gargantas, en donde la acumulan los aludes y huracanes.

Entre los árboles los hay que miden metro y medio de diámetro, tales como el olmo, la haya, el fresno y la encina: otros, como el castaño de Indias, no alcanzan tales proporciones, pero son tambien muy bellos.

En el centro de la hoz, en un sitio en que el camino se introduce en una quebrada, algunos japoneses me mostraron unas obras de tierra, con estacas casi quemadas. Es un baluarte tras el cual se emboscaban las tropas de Akita, aguardando la llegada del príncipe Chonai. Su ejército desfiló en efecto por el único sendero practicable, que viene á terminar en dicha quebrada. Despues de cambiar algunos tiros con los Twanguns, el ejército del príncipe subió al asalto, apoderóse del baluarte, y

persiguió á los fugitivos á través de los desfiladeros de la montaña. Fácil es comprender por este hecho que los japoneses no son fuertes en táctica, toda vez que cien hombres con una sola boca de fuego hubieran detenido, en estos estrechos pasos, un ejército de cien mil hombres. Más tarde tendré lugar de volver á la misma reflexion, cuando los Kwanguns vencedores forzaron los desfiladeros que hacen de la provincia de Aidze un país inabordable. En el Japon no hay Leónidas para defender las Termópilas.

Estamos no más que á una legua de Innai Ghinzan, mina de plata explotada al estilo japonés. La cantidad de metal extraído cada año da un producto limpio de 400,000 piastras (2.000,000 de pesetas).

Nozoki, que da su nombre á la hoz, es una poblacion de 3 á 400 habitantes, situada en el valle que separa el Nozokitoghé del Hiconetoghé. Las casas nuevas, en su mayor parte aún no terminadas, hacen suponer que la guerra ha extendido hasta aquí sus estragos: en efecto, Nozoki fué enteramente incendiada por Chonai al marchar contra el príncipe Akita y sus aliados.

La garganta del Hiconé nada tiene de notable, y es menos elevada que la de Nozoki. Los árboles tambien son menos cerrados y bellos que los de este último. Encuéntrase allí en abundancia el moral silvestre y la madera que sirve para fabricar la laca, llamada *uruchi noki*. Sus hojas son parecidas á las del nogal. Hállase asimismo el *cadjira*, árbol sumamente bello, y sobre todo el *bonoki*, de que se hacen las vainas de los sables. La flor blanca de este árbol es semejante á la del *nenufar*, y la hoja es la misma que la del castaño de Indias, pero mucho más ancha. Las flores más comunes son las margaritas de oro y las *condjas*, róseas y blancas, que forman graciosos ramilletes: estos arbustos, en cantidad prodigiosa, cubren las alturas y bordan el camino.

Este, atravesando un extenso llano descubierto, encuéntrase al fin estrechado entre dos picos de precipicios, y desciende, rodeando los flancos en toda su longitud, hácia una llanura inmensa. En su base entra en un magnífico bosque de *seghis*, que sirve de avenida á la pequeña ciudad de *Canayama* (720 habitantes y 110 casas), edificada entre espesos bosquecillos. La posada en donde pasamos la noche es un vasto edificio, verdadero laberinto de aposentos y corredores. Con algunos hachazos en las columnas, las vigas hubieran sido los únicos indicios del paso de Chonai. La ciudad se vió libre de este peligro. Un reciente incendio, sin embargo, habia destruido unas veinte casas. Mas estos accidentes se repiten con tanta frecuencia en el Japon, que nadie para la atencion en ellos.

LA ISLA DE LOS PINOS Ó KUNIÉ

(NUEVA-CALEDONIA).

RELACION DE UN VIAJERO.

...A las siete de la mañana el *Solferino* levó el áncora, y poco despues las costas de la Nueva-Caledonia se iban alejando de nosotros y haciéndose por momentos más nebulosas. Al propio tiempo la isla de los Pinos dibujaba á nuestra vista la arrogante silueta de su pico,

que si bien menos elevado que el de Tenerife, no deja de tener su originalidad. Pronto percibimos los numerosos islotes erizados de abetos que la cercan por todos lados y que le han valido su nombre europeo. Cuanto más nos acercábamos á sus costas, menos comprendía cómo podíamos abordarlas; pues la cintura de arrecifes parecía no interrumpirse por ninguna parte, y no creía que el *Solferino* tuviese la intencion de franquearla.

Esta isla es la principal de las dependientes de la Nueva-Caledonia, y tiene una superficie de cerca diez ó doce leguas cuadradas: posee únicamente dos puertos, ó mejor dicho, dos puntos donde los buques de pocas toneladas y de poco calado pueden abordar. Ocho horas despues de nuestra partida de la bahía del Sud, salté á tierra á eso de las tres y media de la tarde en la isla de los Pinos.

Apenas desembarcámos nos pusimos en relacion con las autoridades francesas de la localidad, que nos acogieron muy bien. En el apostadero hay un oficial de gendarmería y un soldado del mismo cuerpo.

Estos bravos militares se pusieron inmediatamente á nuestra disposicion: sus recursos no eran grandes, pero no teníamos intencion de pedirles mucho.

Los indígenas de Kunié, que eran antropófagos, se han hecho cristianos merced al esclarecido celo de los Padres Maristas. Su civilizacion, de muy corta fecha, no les permite aún apreciar el valor de nuestra moral, pero han mejorado imponderablemente.

Los indígenas de Kunié son de la misma raza que los de la Gran-Tierra, pero su tipo se aproxima generalmente más á la belleza de la raza neo-zelandesa. Muy bien conformados, y graciosos en sus movimientos, son poco trabajadores. La enseñanza de los misioneros les ha inducido á abandonar sus antiguas y espantosas costumbres; mas aún no han comprendido lo bastante las ventajas de la propiedad. Sin embargo, el bienestar que han experimentado por la aplicacion de algunos de sus principios les ha llevado á solicitar trabajo para adquirir un objeto de utilidad ó de recreo.

Saben cultivar la tierra: sus relaciones con los blancos les han enseñado á servirse de sus utensilios: gustan de procurarse algunos productos europeos; pero en cuanto tienen lo que desean, cesan de trabajar hasta que una nueva necesidad, una nueva codicia vuelve á estimularles.

Se ha efectuado, pues, un gran progreso, por cuanto antes piensan en procurarse por medio del trabajo los objetos de sus deseos, que en apoderarse de ellos por la fuerza.

De una poblacion antropófaga y más feroz en otros tiempos que las tribus de la Gran-Tierra, y que vivía de la matanza y de la rapiña, han hecho los misioneros una tribu cristiana y laboriosa. Les han inspirado cierto sentimiento de pudor, y gracias á sus cuidados, los hombres se presentan con un cinturón de tela que les cubre hasta cerca de la rodilla y que ellos llaman *mendo*, y las mujeres con una especie de túnica. Aunque muy nuevamente habituados á este sentimiento que les eleva, consienten en vencer su natural pereza para poder renovar este traje y aún para añadir un pantalon y una camisa.

Poco á poco los resultados morales y civilizadores se

van completando más. La poblacion de la isla de los Pinos ha cambiado de carácter. Sus costumbres se han dulcificado y se han empezado algunos desmontes.

—Nosotros vivimos aquí, me decían los gendarmes, en la mayor tranquilidad. Las diferencias entre los naturales no son nunca muy graves, y por otra parte el arbitraje de los misioneros es para ellos todopoderoso. Por lo demás, id, atravesad la poblacion para trasladaros á la Mision, y juzgaréis de la exactitud de nuestras noticias.

Al pasar por el puerto entrámos en casa del único colono de la isla, el carpintero Veniat, que reside en ella hace mucho tiempo. Allí vimos una goleta en construccion.

...Al llegar á la Mision tuvimos el gusto de ver al Padre Goujon. Este misionero es uno de los primeros que han enarbolado el pendon de la civilizacion en las islas de la Oceania. Es el superior de la Mision de los Maristas de Kunié, compuesta de él y de otros tres religiosos, sin contar las Hermanas de San José de Cluny encargadas de la enseñanza de las jóvenes kanakas, á la cabeza de las cuales figura la *reinecita* de la isla de los Pinos, que por lo que dicen las Hermanas no es la peor de sus discípulas.

Los bondadosos Padres, despues de ofrecernos un refresco, nos hicieron recorrer su morada, así como la de las Hermanas que les ayudan en la obra de la civilizacion de los indígenas.

Al lado de la habitacion está la iglesia rodeada de algunas chozas kanakas. Los misioneros nos la enseñaron con orgullo. Es una de las más vastas y mejor construidas de la Caledonia, siendo todas esas construcciones obra de los bondadosos Padres ayudados por los indígenas. Yo les felicité por todo, y me confirmaron que los naturales eran muy dulces y obedientes, aunque extraordinariamente perezosos. Como no queria prolongar mi estancia en Kunié, aproveché algunas horas que me quedaban para visitar algo el país, y despues de despedirnos de los Padres nos volvimos al punto donde debia tomar un gendarme que me habia prometido conducirme á un lugar en torno del cual dijo que infaliblemente encontraríamos ocasion de hacer una buena caza.

El P. Goujon quiso acompañarnos hasta más allá del lugar de la Reina que debíamos atravesar en nuestro camino, y nos propuso presentárnosla. Como es de suponer, no tuvimos por qué rehusar, y nos pusimos en marcha. Habiéndonos internado en una espesa alameda de naranjos y bananos, en cuyos intersticios se entrelazaban multitud de plantas rampantes, el Padre nos hizo de pronto mirar á nuestra derecha, y apareció ante nuestros ojos uno de los más graciosos espectáculos que jamás he contemplado. En un claro de algunos piés cuadrados veíanse una docena de pequeñas cabezas crespas, colocadas unas debajo de otras y embellecidas por dos hileras de dientes de incomparable blancura. Abrian enormes ojos y nos miraban con curiosidad salvaje. No es posible transcribir la verdadera originalidad de este espectáculo, y sobre todo la rapidez con que se desvanecía tan pronto como aquellas abiertas pupilas se aperciaban de que nosotros las habíamos visto. En esto llegamos en medio de las chozas.

En general, los salvajes neo-caledonianos eligen para

construir sus habitaciones un paraje cubierto de la más espesa vegetación, y ordinariamente lo más cerca posible del agua. Abren algunos claros, y construyen sus chozas: digo construyen, porque no conozco otra palabra que exprese bien mi pensamiento. Sin embargo, la piedra y la cal están enteramente de más en esas construcciones, que se hacen de dos maneras.

Las que habitan durante el día las forman simplemente dos gruesas estacas clavadas en tierra, en cuya extremidad superior en forma de horquilla colocan una larga rama, lo más derecha posible, de la cual parten otras que descansan en tierra. Su segunda extremidad forma un plano inclinado que recubren con yerbas secas, y queda construida la choza.

La segunda forma es algo más complicada. Por de pronto empiezan aplanando un espacio circular de cuatro ó cinco metros de diámetro. Luego fijan en el centro una enorme estaca más ó menos alta, según la categoría. Para el común de la gente, alcanza cuando más tres ó cuatro pies; para la choza de un jefe, esta altura es triple ó cuádruple. En el borde del círculo que han preparado colocan otras estacas de menor grueso. Los intersticios entre estas últimas se rellenan con cortezas de maouli hasta la altura de un metro y veinte centímetros, poco más ó menos. Encima cada una de las estacas que forman la circunferencia colocan una larga lata que va á descansar en el apoyo central. El intrados formado por estas latas se llena de troncos y pequeño ramaje, y el todo se cubre con yerbas secas, formando el grueso de quince centímetros, por lo menos. En las chozas de los jefes el vértice coincide con un objeto de escultura gruesa, figurando un dios cualquiera, á quien dan el nombre de *tabu*. Esta especie de colmena gigantesca no tiene más abertura que una puerta de un metro de altura por unos veinte y cinco centímetros de ancho. Con estas proporciones ya se ve que es preciso entrar á gatas.

En estas últimas chozas es donde suelen pasar la noche, teniendo cuidado de que haya constantemente algunos carbones encendidos, sobre los cuales colocan yerbas humedecidas á fin de alejar á los mosquitos. Verdad es que de este modo evitan un inconveniente para caer en otro, pues el humo es tan sofocante y escuece tanto á los ojos, que por mi parte he preferido siempre afrontar la plaga de los mosquitos á respirar la atmósfera sofocante de una choza kanaka. Sin embargo, estos pobres diablos, como acabo de decirlo, duermen allá dentro. Lo que más me admira es que no se queden ciegos. En una de estas chozas monumentales fué donde nos detuvimos. El P. Goujon nos presentó un arrogante kanak, regente de la isla y tío de la Reina, á cuyo lado colocó despues una niña de aspecto regular, pero que no desmentía el carácter de su raza: era la princesa heredera de Kunié.

Durante ese tiempo las cabecitas crespas nos estaban siguiendo, ocultándose detrás de cada zarzal, y apareciendo solamente cuando creían no ser vistas: cuando fijábamos en ellas nuestra vista, desaparecían cual una bandada de avecillas espantadas.

Dimos las gracias, particularmente al Padre, por su amabilidad, y vueltos al apostadero, me apresuré á reclamar de mi amigo el gendarme el cumplimiento de su promesa acerca de un paseo especial que me había indi-

cado, lo cual excitaba vivamente mi curiosidad. Accedió gustoso, y se puso á mi disposición. Bajo su guía dirigí mis pasos hácia el punto opuesto al que ya había recorrido, hasta llegar á un punto lejano, desde donde pude adquirir una idea de la topografía del país.

Según pude observar, Kunié no es otra cosa que la cima de una enorme montaña submarina. Esta cima constituye una inmensa meseta, en uno de cuyos extremos se levanta un erguido pico. La composición geológica de esta meseta es un mineral de hierro sumamente rico. Como puede colegirse, el suelo es muy pobre; pero su poca fertilidad queda compensada con exceso por la bondad del terreno de aluvion que le rodea por todas partes. Esta corona de terrenos bajos y poblados de árboles tiene en casi toda la circunferencia de la isla un ancho que varia de uno á tres kilómetros. En este punto es donde están situados los pueblos indígenas, mientras que la meseta ferruginosa que ocupa el centro de la isla está completamente deshabitada.

Al examinar las dos cosas, la línea de verdor se me presentó tan bien marcada, que me convencí que lo que entonces estaba pensando, y que ahora acabo de escribir, era la pura verdad; es decir, que la meseta interior es absolutamente impropia para el cultivo, mientras que la parte circular, que estimo aproximadamente en seis ú ocho mil hectáreas, es por el contrario de una fertilidad excepcional. Es de esperar que esta tierra de una vegetación tan rica no permanecerá siempre improductiva, y que muy pronto la isla de los Pinos será uno de los puntos más interesantes de la colonia.

Por fin llegamos al pueblo que, según me habían dicho, era el término de nuestra expedición. Como todas las poblaciones kanakas se parecen entre sí, no me entretendré en describirlo: únicamente diré que se nos estaba observando con la mayor curiosidad, que por cierto nada tenía de agradable.

No obstante, antes de volver al apostadero teníamos que hacer otra excursión: esta no fué tan satisfactoria como las anteriores; pero, en cambio, me gustó más á causa de los curiosos lances que la acompañaron.

Mi acompañante me enseñó una cosa roja pendiente de las ramas de un árbol, y me hizo señas para que tirase. Hice fuego, y cayó desplegando sus alas un soberbio animal que reconocí inmediatamente por el pintarajo ó gran murciélago neo-caledoniano. Sus alas, medidas de punta á punta, no alcanzan menos de un metro. El grueso del cuerpo es el de un gato de seis meses; la cabeza igual á la de la zorra. Su piel de color rojo es muy estimada entre los naturales, quienes la tejen en forma de largos cordones que pasan en el país por una moneda. El guía estaba loco de contento, y le regalé mi presa.

Me ocupé en examinar detenidamente los cultivos de los kanaks, y quedé admirado tanto por el número como por su extensión relativa.

Me dijo entonces el gendarme que todas las semanas llegaban á Numea algunas piraguas con cargamento de hortalizas, como coles, zanahorias, berengenas, tomates, etc.; y además ananas, piñas, naranjas, manzanas, canela y otros frutos. En cambio, añadió que los indígenas hacen provision de aquellas cosas que les son de mayor utilidad.

Cuando tuve conocimiento de la civilizacion del país, no sabia cómo volver de mi sorpresa. Estaba en la creencia que habia de encontrarme con un pueblo bárbaro; pero me engañé: recorrí fértiles jardines cuyos productos son comparables con los de la flora tropical. Estaba maravillado, y ante la prueba irrecusable de los hechos, reconocia la gran modestia de los Padres Maristas.

—¿Cómo se explica, dije al gendarme, que los indígenas del continente no hayan llegado á tal grado de cultura? El gobernador local debe tener recursos mucho mayores que los misioneros para obrar sobre el espíritu de estos pueblos que están todavía en la infancia, y que por consiguiente son susceptibles de todos los impulsos y dóciles á todas las reformas. A pesar de estas ventajas, durante mi corta permanencia en Numea no he visto más que algunos kanaks serviles y ninguno que se aplicase á la agricultura. ¿Será porque las mejoras y bienestar de las naciones se adquieren más pronto con los desvelos de la inteligencia y mansedumbre, que con las descargas de fusilería, incendio de moradas, destruccion de plantaciones y sangrientas crueldades?

El gendarme contestó, mirándome con cierta finura:

—No estoy en estado de juzgar tan grave cuestion: el señor gobernador conoce su obligacion, y nada tiene que aprender de un veterano como yo: me dijo que viniera, y aquí me tiene V. Ninguna mala consigna me ha dado; procuro ser justo y vivo en paz con todo el mundo. Por lo demás, señor mio, si quiere más datos puede dirigirse á mi jefe.

Entonces alargué la mano á mi interlocutor, el cual no dijo una palabra más.

Desgraciadamente el oficial me hubiera remitido al albeitar, éste al teniente, el teniente al capitán, y conozco demasiado al amigo M..., actual comandante de los gendarmes de la colonia, para ignorar que á su vez me hubiera mandado al gobernador; y así, siguiendo el orden jerárquico, para obtener una respuesta tenia que ir á parar en último término á la reina del mundo: la opinion pública.

CRÓNICA.

Luzon (Filipinas).—De la *Revista Agustiniana* tomamos las siguientes noticias sobre la reduccion de las tribus infieles:

«Están de enhorabuena nuestros misioneros del Norte de Luzon.

«El Gobierno de Filipinas, accediendo á los deseos y súplicas de los Religiosos, y autorizado por el de Madrid, ha comenzado á quitar los grandes y casi insuperables obstáculos que se oponian á la conversion de los indios del interior de aquella isla.

«Sumamente favorecidos éstos en el pago de contribuciones, y libres de las cargas y gabelas que pesan sobre los convertidos, siempre contestaban, cuando se les invitaba á hacerse cristianos, que estaban mejor en el estado en que se hallaban; porque de convertirse quedaban perjudicados sus intereses.

«Esto fué causa de que á instancias de nuestros Superiores se incoase un expediente en el Ministerio de Ultramar con el objeto de obviar tamañas dificultades.

«Mas hoy, gracias á Dios, desapareció en gran parte el obstáculo y ha dejado de usarse tan odiosa condescendencia con aquellas levantisas tribus.

«Por un decreto del Gobierno general del archipiélago, cesa la independencia en que han vivido hasta ahora los habitantes indios de la isla de Luzon, quedando comprendidos en la legislacion comun, si bien se dictarán diversas reglas para las razas infieles que ocupan parte de aquel territorio.

«Otro decreto ofrece larga proteccion á las familias y particulares que deseen marchar á las islas de Cagayan y la Isabela para dedicarse á la agricultura, en vista de la escasez de brazos que en ellas se observa, mientras que en otras provincias hay más bien exuberancia de poblacion.

«Otro decreto establece reglas para la conversion de infieles, y con objeto de conseguirlo anuncia que todos los que abracen la religion católica quedarán por ocho años exentos de la prestacion personal. Las autoridades ofrecerán á las razas no sometidas, como son los igorotes, monteses y aetas, vivir en pueblos; unidad entre sus familias; concesion de buenos terrenos y derecho de cultivarlos en la forma que quieran y les sea más productiva; manutencion durante un año y vestirlos al efectuar su sumision; respeto á sus usos y costumbres en cuanto no se opongan á la ley natural; dejar á su voluntad el hacerse ó no cristianos; establecimiento de Misiones y familias de honradez reconocida que los enseñen, dirijan, protejan y den seguridad y confianza; la compra ó facilidad de venta de sus cosechas; dispensa de contribuciones y tributo por diez años y de quintas por veinte; y por último, el que sean gobernados por las autoridades locales que ellos mismos elijan, bajo la directa dependencia de la autoridad de la provincia ó distrito.

«Estas razas tendrán la obligacion de construir nuevos pueblos, casa-tribunal, escuelas y caminos vecinales que las pongan en comunicacion entre si y los cristianos.

«El artículo 11 de este decreto ordena la persecucion y castigo de las tribus que continúen rebeldes, y vencido el plazo señalado se organizarán columnas del ejército, que, en union de los cuadrilleros, entrarán en el territorio ocupado por las tribus, y destruirán viviendas, labores y aperos, y decomisarán frutos y ganados: este castigo será repetido dos veces al año.

«Allanado, pues, el camino para la conversion de los igorotes y demás tribus salvajes, los religiosos Agustinos inmediatamente han dado principio á la evangelizacion de los habitantes de los casi impenetrables montes del interior de Luzon, como se ve por los trozos que vamos á transcribir de una carta del R. P. Fr. Rufino Redondo, que se ha puesto al frente de tan cristiana y civilizadora empresa:

«Bucay, Enero de 1881.

«Mis queridos é inolvidables Padres: He recibido sus cartas tan deseadas como cariñosas, que me han dado un rato de consuelo, después de las fatigas que he pasado con motivo de la expedicion del «General por el Norte de Luzon, en la que le acompañé, ya porque él «así lo deseaba, ya porque así me lo ordenó nuestro Padre Provincial «por el telegrama enviado de Manila.

«Mañana salgo de ésta con objeto de recorrer, segun los deseos del «mismo General, los distritos de Tiagan, Lepanto, Bontoc y Benguet, con objeto de vestir á los igorotes y predicarles el Evangelio «de Jesucristo. Durará la expedicion de tres á cuatro meses. Ha puesto «á mi disposicion dicho Capitan general veinte cajones de ropa y otros «efectos, una banda de música, una escolta de quince á veinte soldados y dos mil pesos con letra abierta para cuanto necesite.

«Me considero el hombre más feliz de la tierra por haber llegado «la hora tan deseada de que la divina Providencia se valiese de mi «pequeñez para anunciar el Evangelio á estos pueblos bárbaros, que «se hallan sumergidos en las sombras de la muerte. ¡Ojalá que en «esta expedicion encuentre lo que siempre he deseado!... Por esa «causa, aunque el General me ha concedido tropa, no tuve por conveniente aceptarla, porque mi mision es de paz. No tengo otro móvil en esta expedicion que la gloria de Dios, el bien de mis prójimos «y mi salvacion. Si las tribus rebeldes, llevadas de sus sanguinarios «instintos, pusiesen fin á mi existencia, seria mi mayor gloria imitar «al que dió su vida por mí en la cruz.

«Pedí permiso para internarme en la gran cordillera, pero no me lo «han permitido por ahora.

«Mucho se debe agradecer al Capitan general su desprendimiento «y el grande interés que se ha tomado por tan santa obra, proporcionando toda clase de recursos y allanando todas las dificultades.»

«Posteriormente se ha hecho público que el Gobierno actual no está por perseguir y castigar á las tribus rebeldes de que trata el artículo 11 del decreto mencionado.

«Mas vese tambien por la carta del P. Redondo, misionero del Abra de los que más han influido en el ánimo del general Primo de Rivera para que fijase su atencion en las Misiones dichas, que los misioneros no quieren llevar fuerza alguna, ni para su propia defensa. ¡Ojalá que ahora oigan los infelices paganos la paternal voz de los Religiosos y abran sus ojos á nuestra santa fe!»

Herzegovina. — El número de católicos, que aumenta de día en día desde la ocupación austríaca, ha hecho necesaria la construcción de una iglesia en la antigua ciudad episcopal de Trebigne. Púsose la primera piedra el 29 de Setiembre último, fiesta de san Miguel arcángel, patron de la diócesis; y el Ilmo. Zaffron, obispo de Ragusa y administrador de Trebigne, ha tomado las medidas necesarias para asegurar lo más pronto posible la terminación del sagrado edificio. Bajo la dominación musulmana los fieles de Trebigne no pudieron conseguir la posesión de una simple capilla. Muchos siglos de persecución, así de parte de los turcos como de la de los servios cismáticos, redujeron poco á poco á 10,000 almas la población católica de aquella pequeña diócesis, creada en el siglo X. Cuenta sólo siete parroquias, pero el gran aumento de conversiones obligará pronto á fundar otras nuevas.

Tierra Santa. — El Rdo. Jorge Gatt, misionero de Gaza, escribe lo siguiente al Ilmo. Gay, vicario capitular de la diócesis de Poitiers y obispo de Anthedon *in partibus*:

«Es V. I. el obispo de Anthedon, y yo soy párroco de Anthedon, porque su territorio pertenece á la Mision de Gaza, que fundé el año pasado. Además, la sede episcopal de Gaza no está ocupada hace siglos, y como Anthedon no era más que un arrabal de Gaza, V. I. es también el obispo de Gaza. Es, pues, V. I. mi obispo por muchos conceptos, y yo soy el único sacerdote de vuestra diócesis. La Mision de mi cargo abarca aún muchas otras diócesis, es decir, toda la parte meridional de la Palestina, desde Jaffa hasta El-Arisch.

«Hasta el presente he podido formar una comunidad de cien católicos, abrir una escuela para niños y comprar en la ciudad un terreno que contiene un pequeño santuario, y es el lugar donde la sagrada Familia descansó durante muchos días á su regreso de Egipto. Actualmente no puedo hacer más por falta de recursos.

«No obstante, la Mision necesita un sacerdote griego católico para facilitar la conversión de los cismáticos, y asimismo una iglesia.

«Gaza, tan grande como Jerusalem, cuenta 25,000 habitantes, y es la única ciudad en esta parte de Palestina. El ministro protestante sostiene en esta ciudad cuatro escuelas y una farmacia, para lo cual recibe de Londres 1,200 libras esterlinas cada año; de modo que no puedo luchar con él. Frecuentan sus escuelas unos 150 niños protestantes y musulmanes.

«¿Cuánto bien haría aquí, con poco que aumentasen los recursos con que cuento! La construcción de una iglesia y la fundación de una escuela para niñas produciría la conversión de muchísimos cismáticos y también de algunos musulmanes. Podrían abrirse nuevas Misiones en las cercanías, sobre todo en Megdel, cerca de Ascalon, en Asdud ó Azoth, en El-Arisch ó Rhinocorura, en Der El Belah ó Daroma, y en el puerto de Gaza. De este modo podría atraer católicos del Líbano y de Europa para cultivar este fértil país.

«Por esto me permito rogar á V. I. venga en auxilio de esta Mision de Gaza, prometiendo por mi parte comprar un terreno en Anthedon y fundar en él una colonia con una Mision católica así que pueda, porque esta ciudad está completamente destruida.»

— El gobernador de Jerusalem, Reuf-bajá, ha hecho recientemente una visita al instituto de San Pedro, del P. Ratisbonne. Acompañábanle sus dos hijos, el mayor de los cuales es alumno de los Hermanos de las Escuelas cristianas. Tiene además dos hijas que se educan en el convento del *Ecce Homo*, de las religiosas de Sion. «Antes de dejarnos, dice el P. Ratisbonne, ha querido recorrer todas las dependencias de nuestra Escuela de artes y oficios. El gobernador de Palestina nos ha animado grandemente á extender nuestra Obra y á completarla lo más pronto posible para bien del país.»

Agra (Indostan). — El 15 de Diciembre el Ilmo. Jacopi, capuchino, se dirigió á Lahore para despedirse de la comunidad católica que ha dirigido por tantos años y que debe pasar á manos de un nuevo pastor (1). La capilla ha sido construida por el Prelado; la modesta casa que le ha servido largo tiempo de iglesia y de residencia se ha convertido en un bello y espacioso edificio, cerca del cual se levanta una escuela para muchachas. Seis misioneros Capuchinos se habían reunido en la capital del Punjab para ver juntos por vez postrera el teatro de sus trabajos que la Santa Sede acaba de confiar á nuevos obreros apostólicos. La entrevista de los Religiosos con sus antiguos fieles fué de las más tiernas. La misma noche volvió el Prelado á partir para Shirdhana.

(1) Sabido es que una parte del vicariato de Agra ha sido eliminada de la jurisdicción del Ilmo. Jacopi para formar el nuevo vicariato del Punjab.

El Ilmo. Tosi no podrá dirigirse á Lahore para tomar posesión de su nuevo vicariato hasta después de la consagración de su sucesor en Patna; no habiéndose fijado todavía la fecha de esta ceremonia.

Birmania. — Una conmovedora fiesta reunía el 1.º de Enero último algunos misioneros en Myung-Mya para celebrar el 50.º aniversario de haber llegado á Birmania el Rdo. Domingo Trolly. Muchos fieles de las cercanías se habían dado también cita en aquella localidad para asistir en dicho día á la misa del venerable misionero. La escuela por él construida había sido adornada con gusto por las Religiosas, y los niños de la Mision formaban festivos grupos al rededor del reverendo Trolly, conmovido por las simpatías de que era objeto. Después de algunas horas pasadas en la compañía del santo sacerdote, los misioneros tuvieron que emprender el camino de regreso á sus estaciones, y el buque de vapor dió la señal de la separación en medio de los aplausos y aclamaciones que saludaron las últimas palabras del Rdo. Trolly. Este decano de los apóstoles de Birmania cuenta hoy ochenta y tres años, y partió para las Misiones en 1828.

Alto-Zambese (Africa austral). — Tenemos algunos detalles sobre las pruebas que han tenido que sufrir algunos misioneros Jesuitas del Zambese.

El 2 de Junio los PP. Law y Wehl, con los Hermanos coadjutores Desadleer y Kedley, salieron de Gubulawayo, capital de los Matabeles, en dirección al país de Umzila, rey de los Abagaras, para abrir allí una Mision. Llevaban consigo seis negros de diversas tribus y dos guías Matabeles que el rey Lo-Bengula les había dado. Viajaban en un gran carro tirado por seis bueyes, como se acostumbra en el Africa meridional. El 29 de Junio se hallaban á los 19º 2' de latitud, á unas 30 millas del río Sabia.

En una carta escrita el 2 de Noviembre desde Gubulawayo el Padre Croonenberghs refiere lo siguiente: «Hace quince días circuló el rumor de que un blanco había sido enteramente despojado en el país de los Mashouas, y abandonado en la soledad sin recurso alguno. El rey Lo-Bengula envió algunos agentes para que inquiriesen lo que había de cierto en el rumor. De vuelta, nos anuncian que el P. Law y sus compañeros habían sido robados y abandonados en la mayor desnudez por los Mashouas. Después de andar errantes sin provision alguna encontraron al fin á los enviados de Lo-Bengula, y recogidos por éstos llegaron al kraal de Umzila, pero no se les quiso recibir ni darles viveres. Felizmente los enviados de Lo-Bengula les han sostenido, y los dos guías no han querido abandonarles, de lo cual está muy orgulloso el Rey. Han intentado persuadir al P. Law que vuelva con ellos entre los Matabeles, pero él persiste en quedarse en el territorio del rey Umzila. Los hombres de Lo-Bengula añaden que Umzila ha prometido que haría devolver á los misioneros todos los objetos de que han sido despojados.

«Lo-Bengula ha sentido mucho estos sucesos, porque amaba muy especialmente al P. Law. Dentro pocos días el Sr. Grant, negociante inglés, debe dirigirse á las fronteras de los Matabeles, y enviará al P. Law todo cuanto necesite para pagar las deudas que se ha visto obligado á contraer.»

Como se ve, grandes son las dificultades que los misioneros han tenido que superar por la causa de Dios. Tales adversidades sufridas paciente y valerosamente son para la religion católica el más grande honor.

Costa de los Esclavos (Africa occidental). — El Rdo. Chausse escribe de Lagos con fecha 5 de Diciembre último:

«Nuestros compañeros de Abeokuta siguen buenos, y nos aseguran que aquel punto es en verdad el *sanatorium* del vicariato. Construir una habitación para los misioneros cuya salud se ha resentido notablemente en nuestras estaciones insalubres de la Costa, y aclimatar así á nuestros calores tórridos á nuestros hermanos que vienen de Europa, sería una obra utilísima y tal vez la más necesaria en estos momentos. ¡Cuántos gastos se evitarían! ¡cuánto tiempo se ahorraría si pudiésemos transportar allí nuestros enfermos en lugar de restituirlos á Europa!

«Es inmenso el bien que puede hacerse en esta aglomeración de 200,000 almas. El P. Holley me dice que los alumnos se presentan en gran número á las escuelas, y que por la insuficiencia del local no puede recibir más que 25. Unos 600 oyentes asisten á las instrucciones en idioma nago que los Padres hacen dos veces cada domingo al aire libre. De todos lados llegan paganos, mahometanos y protestantes. Estos últimos se quedan muy admirados no encontrando especie alguna de fetichismo en la religion católica, como decían los

ministros protestantes. La pequeña choza alquilada, que sirve de morada á los misioneros, está sitiada todo el día y hasta hora muy avanzada de la noche. Así es que, según me anuncia el P. Holley, apenas termine la construcción de su casa será preciso enviarle al menos dos nuevos misioneros.

«Abeokuta, lugar muy sano, sería muy á propósito para residencia de los misioneros recién llegados á este país. Allí aprenderían fácilmente la lengua indígena, pues se hallarían en un punto donde siempre se habla el nago, y además no se verían expuestos á esas fiebres frecuentes que abaten el temperamento más robusto y el ánimo mejor dispuesto.

El nago es usado por millones de habitantes. En la misma costa, donde se habla inglés y portugués, la predicación en aquel idioma es mejor escuchada; pero ¡cuántas dificultades en aprenderlo cuando vienen á cruzarse con él otros idiomas!

«Por Abeokuta y el nago se penetrará más al interior. Ibadan no está lejos, y los que conocen esta ciudad nos aseguran que es mucho mayor y poblada que la capital de los Egbas. Un hombre caminando á paso regular necesita más de dos horas para atravesarla, y sus habitantes tienen fama de activos y laboriosos. En este momento los caminos de Ibadan están cerrados, pero tal estado de cosas no puede durar mucho.

«¿En dónde están, pues, los obreros? ¿en dónde los recursos materiales destinados á esta comarca tan abandonada y sin embargo tan interesante? ¡Cuántas almas para convertir! Allí está el protestantismo, y el mahometismo amenaza invadirlo todo. Urge mucho crear allí sin tardanza un centro de Mision, de donde irradiar á otras grandes ciudades: Oyo, capital del Yoruba; Illorin, Ijape, etc. Todos estos pueblos están dispuestos á recibir el Evangelio, ó entregarse á las sectas del error. ¡Ojalá podamos llegar á tiempo!»

Australia.—El Ilmo. Cristóbal Reynolds, obispo de Adelaida, escribe lo siguiente sobre la fundación, estado actual y porvenir de su Mision:

«La diócesis de Adelaida comprende la provincia entera de la Australia meridional, y es dos veces y media más grande que España. Fué creada en 1842, siendo su primer obispo el Ilmo. Murphy; y si bien el descubrimiento de las minas de oro en la colonia Victoria (1849) la despobló casi enteramente, en 1853 la población volvió poco á poco á sus antiguos lares, y el espíritu religioso recobró en breve su influencia en toda la colonia.

«Después del Ilmo. Murphy, muerto en 1858, la diócesis fué administrada un año por el Ilmo. Ryan, al cual sucedió el Ilmo. Geoghegan hasta 1865. Tras él rigió esta vasta diócesis el Ilmo. Shiel hasta 1872, y en

junio de 1873 la Santa Sede me confió el cargo de continuar la obra de esos venerables Prelados. Desde entonces no he residido un mes seguido en mi capital. En la visita de mi diócesis he recorrido 85,000 kilómetros, he confirmado 11,800 personas, he bendecido la primera piedra de 30 iglesias ó capillas, preparándose otras nuevas. En 1873 no teníamos sino 10 escuelas á las que asistían 1,100 niños, y ahora tenemos 56 frecuentadas por 6,000 niños. Los Hermanos de las Escuelas cristianas de Irlanda tienen un colegio al que asisten 300 externos.

«Todo esto lo hemos logrado con la bendición de Dios y las limosnas de los católicos, sin recibir un céntimo del Gobierno inglés.

«Para resumir los resultados obtenidos desde que la Providencia ha confiado la Sede de Adelaida

á mis débiles fuerzas, hé aquí un cuadro comparativo en 1873 y 1880:

	En 1873.	En 1880.
Población católica.	32,000	41,700
Iglesias y capillas.	42	78
Escuelas.	10	56
Conventos.	3	49
Hermanas de San José.	20	132
Hermanas de Santo Domingo.	5	15



KURDISTAN.—Dos paisajes, según croquis del P. Besson. (Pág. 190).

Jesuitas.	9	13
Hermanos de las Escuelas cristianas.	»	6
Hermanas de la Merced.	»	24

«El porvenir de la Iglesia en Australia está lleno de esperanzas. El pueblo es bueno y los católicos generalmente cumplen como deben. Su caridad es muy grande, sólo que está agotada por lo que me han ayudado en pagar mis deudas, fundar escuelas y educar á jóvenes Levitas. Ellos, los católicos, mantienen tambien un Asilo de huérfanos donde hay 78 niños, y otro de Magdalenas arrepentidas en número de treinta.

«Los protestantes, aunque muy alentados por las generosidades de lady Coutts, llenan nuestras iglesias el domingo y los días festivos; y durante los siete años de mi episcopado he logrado entre ellos 717 conversiones, aumentando este número todos los días.

«La Sede de Adelaida, que apenas cuenta cuarenta años de existencia, ha producido numerosas vocaciones religiosas. Entre nuestros jóvenes seminaristas, seis han entrado en la Compañía de Jesús, y 37 doncellas han entrado en las Religiosas Instituciones. De nuestros seminaristas, tres se encuentran en el Colegio de la Propaganda en Roma y cuento con ellos para fundar un Seminario aquí cuando acaben sus estudios.»

Samoa (Oceania).—El Boletín de la Obra del Voto nacional de París publica la siguiente carta de Mataafa, antiguo soberano del archipiélago de Samoa, que renunció á la Corona para poner término á la guerra civil. Es un fervoroso cristiano, y trabajó con sus propias manos en la construccion de una iglesia dedicada al sagrado Corazon de Jesús en Falefa:

«A Su Señoría el presbítero encargado de recoger donativos para la construccion del monumento del Sagrado Corazon en la capital de Francia.

«Capital de Samoa, 27 de Abril de 1880.

«Señor: Os escribo algunas palabras en testimonio del afecto que os profeso. Aunque este país de Samoa está muy distante del vuestro, no obsta para que hayamos recibido buenas noticias de vuestros trabajos. Todos nosotros, simples niños cristianos, y Sus Señorías los sacerdotes de Samoa, nos hemos alegrado mucho y os damos gracias. No hemos podido ver con nuestros propios ojos la belleza y magnificencia de vuestro monumento, pero nos han hablado de sus proporciones; y de aquí nuestro gozo y nuestras alabanzas por vuestro empeño en llevar á cabo la hermosa obra que habeis emprendido á gloria del sagrado Corazon de Jesús. No nos es permitido comparar con vuestra grande obra lo que nosotros hacemos aquí, en este pobre país de Samoa: no obstante, tambien nosotros hemos construido una iglesia titulada del Sagrado Corazon. Esto es todo lo bueno que de Samoa tenemos que deciros.

«Os enviamos una ofrenda para el Sagrado Corazon, pequeña, sí, á causa de nuestra pobreza, pero grande en el afecto á Jesucristo nuestro Señor.

«Mi querida esposa y yo os enviamos cada uno un dólar (19 reales). Es nuestro presente al Sagrado Corazon. Estad seguro, señor, de nuestro afecto y estimacion. La Iglesia de Samoa está toda agregada al Apostolado de la oracion; muchos son admitidos á la Comunión reparadora de cada mes, y nunca nos olvidamos de rogar por vuestra patria.

«Goce Vuestra Señoría de buena salud, y Dios bendiga vuestra grande empresa.

«Yo,

«JOSÉ MATAAFA, en Samoa.»

Canadá.—Los católicos que van á admirar la gran catarata del Niágara acostumbran completar su excursion con una visita al nuevo santuario de Nuestra Señora del Monte-Carmelo. Desde el pórtico del humilde convento de Padres Carmelitas abrázase, efectivamente, de una sola ojeada aquel magnífico espectáculo, y el llmo. Conroy declaraba que era sin disputa el mejor sitio para ver en todo su esplendor aquel maravilloso panorama. Dicho convento fué fundado en Noviembre de 1875 con el concurso del señor arzobispo de Toronto, pero las obras no terminaron del todo hasta el año pasado.

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB,

VII.

Fedala.—Su posicion, origen y nombre.—Los cinco gremios.—Vestigios del pasado.—Postracion actual.—Uad-el-Kántara.—Casa blanca.—Antigua Anfa.—Conquista portuguesa.—Casa-branca.—Terremoto.—Salida de los portugueses.—Restauracion bajo los moros.—El interregno.—Costumbre marroquí.—Ataque de los beduinos.—Valor y desprendimiento de los españoles.—Regalo del sultan.—El Káid tirano.—Guerra patriótica.—Derrota de ben-Meshid.—Intervencion.—El Pan de la paz.—Prosperidad creciente.—Poblacion.—Clima.

Aunque de ninguna importancia en el día la pequeña poblacion de Fedala, la ha tenido muy grande en otro tiempo, por cuya razon vamos á publicar cuantas noticias hemos podido recoger acerca de su historia, con el fin de conservar siquiera el nombre de esta ciudad, que fué antiguamente emporio de la riqueza de Marruecos. Fedala dista 60 kilómetros de Rabat, y aún cuando su posicion no es notable bajo el punto de vista estratégico, cosa comun á las otras ciudades de la costa, es inmejorable bajo diferentes conceptos.

Su origen y nombre son beréberes, lo cual confirma la existencia, en el interior del país, de una kabila que tambien se llama Fedala (1). Se halla situada en una inmensa llanura, en la que puede decirse principian las fértiles provincias de Dukala y Abda.

Para la fácil exportacion de los granos contaba Fedala con un seguro puerto, el cual por precision debió verse muy concurrido, por ser el único que estuvo destinado á la exportacion por mucho tiempo.

No contribuyó poco al esplendor y prosperidad de Fedala la célebre Compañía de los cinco Gremios mayores de Madrid. Llegó á adquirir esta Compañía española tal preponderancia y valer, que, por un privilegio especial, ella sola gozaba el derecho de poder extraer los granos del Imperio por el puerto de Fedala y por el de Casablanca. Posteriormente, en 1789, este privilegio se hizo extensivo al puerto de Mazagan, y por una série de desdichas acaecidas á Fedala, sus hermanas menores Mazagan y Casablanca son hoy los puertos de mayor exportacion, el primero en granos y en lanas el segundo; mientras que la vieja Fedala sólo existe para atestiguar, como muchos otros pueblos, cuán adversa le ha sido la fortuna, que la ha reducido á ser una reina destronada, sumida en la mayor miseria, hasta el punto de que á no ser por algun antiguo lienzo de muralla, la mezquita y la casa del Káid, nadie podría darse cuenta de atravesar una ciudad tan preponderante en los tiempos pasados.

A pesar de que los muros de Fedala se hallan flanqueados por algunos torreones más ó menos consistentes, es indudable que no podría sostener la ciudad, no ya un ataque de los europeos, pero ni siquiera una simple acometida de los beduinos. Además de las murallas hay frente á la puerta de la ciudad, y á corta distancia de la misma, una torre aislada que por medio de un subterráneo comunica con la plaza. El abandono en que

(1) No faltan autores que crean ser muchísimo más moderno el origen de Fedala, atribuyendo su fundacion al sultan Sidi Mohamed, por los años 1760 á 1770; cuya opinion no deja de ser muy fundada, pues ninguno de los edificios que existen en aquella poblacion revisite el carácter de antigüedad que le atribuyen algunos historiadores.

este desgraciado pueblo se halla hace creer que dicho subterráneo esté también inservible, como las demás obras de defensa.

Es digno de notarse que las primeras ruinas que se presentan ante la vista del viajero al penetrar en Fedala son de un vasto edificio ó palacio que principió á fabricar el representante de los Cinco Gremios mayores, don Benito Patron, de Cádiz, quien se propuso edificar una cómoda vivienda para sí, y sobre todo que la casa incluyese grandísimos almacenes, como que en ellos debía acaparar enormes cantidades de granos. Sin embargo, la obra no llegó á concluirse, y de ella no quedan más que piedras diseminadas y algunos paredones que han podido resistir á la acción destructora del tiempo.

El puerto, antes tan frecuentado, se halla hoy materialmente obstruido, hasta el punto de no tocar en él barco alguno, y de haber desaparecido su nombre de las modernas cartas de navegación, conservándose sólo en las antiguas. El número de habitantes es también muy reducido, pues de seguro no pasa de 900 moros y unos 100 judíos. Estas gentes, anegadas en la miseria, súcias y harapientas, demuestran de una manera por demás evidente la pobreza del pueblo en que viven; y basta dirigir una simple ojeada sobre las infectas y miserables casuchas en que moran, para convencerse de esta triste verdad. No puede negarse que desde hace dos siglos ha venido decayendo rápidamente el antes civilizado y poderoso pueblo árabe; pero en medio de esa decadencia tan manifiesta contrista el ánimo el pensar que poblaciones como Fedala, Arcila y otras no han guardado en su descenso proporcion alguna con el resto del país, y no parece sino que de un golpe han perecido para siempre, y que sólo han dado un paso, y éste las ha precipitado en el fondo de la degradación. Saludable ejemplo que fuera de desear cuidasen de aprovechar las modernas sociedades.

Pero dejando estas consideraciones proseguiremos nuestra relación tomando el camino de *Dar el-Baida*, ó Casablanca, apuntando antes como último particular de Fedala, que fuera de la ciudad y á corta distancia de la misma á la derecha se ve un pequeño palacio del sultán, que fué edificado en 1746.

De Fedala á Casablanca hay 20 kilómetros de distancia, y el camino es delicioso por recorrer un terreno de suyo muy feraz y bien cultivado, en cuanto lo permite el escaso conocimiento que los moros tienen de la agricultura. A 2 kilómetros de Fedala está el río llamado *Uad el-Kántara*, al que algunos designan con los nombres de *Uad el-Hallach* y *Uad ed-Dir*. Este río se pasa por un buen puente de cuatro ojos (1), cuya construcción se atribuye generalmente á los portugueses, aunque no existe documento alguno que autorice esta opinión. Este puente es lo único de particular que se ofrece hasta entrar en Casablanca.

Esta ciudad, situada en la provincia de *Dukala*, es la que señala la mitad del camino de Tánger á Mogador. Su origen es bereber y data de muy remotos tiempos. Antiguamente se llamó *Anfa* y *Anafé*: su prosperidad y grandeza fueron en aumento hasta 1498.

Por entonces deseaban los portugueses apoderarse á

todo trance de la costa marroquí, y al efecto se presentaron ante *Anfa*, cuyos habitantes, lejos de intimidarse á la vista del enemigo, se defendieron valerosamente de sus porfiados asaltos, de tal suerte que fué este uno de los puntos en que más resistencia hallaron las entonces poderosas armas de Portugal. Pero como los portugueses estaban decididos á concluir con gloria esta empresa, en la que estaba ya comprometido su honor militar, redoblaron sus esfuerzos en tales términos, que por fin se hicieron dueños de *Anfa* en el citado año 1468. Los vencedores, no sabemos si irritados por la obstinada defensa de los moros, ó porque no entrase en los planes de sus jefes permanecer en aquella ciudad, la destruyeron por completo, pereciendo hasta su antiguo nombre de *Anfa*, que conserva la tradición.

Como las determinaciones humanas varían según las circunstancias, juzgaron los portugueses, andando el tiempo, que les convenía establecerse en el sitio de la antigua *Anfa*; y en 1515 empezaron á construir en dicho sitio una ciudad, á la que dieron el nombre de *Casablanca*, en español Casa-blanca, que es el que ha prevalecido entre los europeos y aún entre los moros, pues éstos no hicieron más que traducir á su idioma estas dos palabras llamándola *Dar el-Baida*. Los portugueses conservaron esta plaza por espacio de muchos años, pero viendo que su ocupación era una interminable pelea con los moros del campo, y que para internarlos á una distancia conveniente era preciso conservar allí una guarnición numerosa, estaban ya casi resueltos á abandonarla.

Por entonces ocurrió en la ciudad un espantoso terremoto que hundió los mejores y más sólidos edificios, causando la consiguiente consternación en sus habitantes. Los portugueses, que no necesitaban tanto para acabar de resolverse, no vacilaron ya en abandonar la población, volviéndose á Portugal la guarnición y parte del paisanaje, y estableciéndose los demás en distintos puntos de Marruecos.

No fué pequeña la satisfacción que este suceso causó á los moros, ni se descuidaron en volver á tomar posesión pacífica de una plaza que tantas veces habían hostilizado en vano. El sultán, aprovechando el favor que el Profeta le dispensó *milagrosamente* ahuyentando á los cristianos, ordenó que la ciudad se edificase de nuevo, como se hizo por los años de 1740 á 1750, fortificándola y mejorándola notablemente los sultanes que le sucedieron en el trono.

Siendo en Marruecos una costumbre sancionada por los siglos el considerar la muerte del emperador como señal de una conflagración universal, ó parcial por lo menos, no podía menos de suceder lo propio á la muerte de Sidi-Mohamed: este soberano falleció el día 11 de Abril de 1790, y no bien lo supieron los árabes campesinos, cuando se pusieron en marcha hacia Casablanca con el *piadoso* objeto de apoderarse de ella, ó más bien de los cuantiosos caudales de los españoles que hacían allí su tráfico. Esto no debe extrañar al que no ignore ser opinión corriente entre los moros que, muerto un sultán, mientras su sucesor no es aclamado y reconocido en Fez, no existe gobierno legal, y por tanto ni tribunales de justicia, ni autoridad de ningún género. Con arreglo á este principio nadie hace el mayor escrúpulo

(1) Es el único que existe en toda la costa del Imperio, desde Tánger hasta Uad-Nun.

en apropiarse los bienes del prójimo, quien en todo caso puede tambien despojar al vecino, si éste se descuida. Aplicando, pues, los beduinos esta extraña jurisprudencia á Casablanca, se dirigian sobre ella, muy seguros de penetrar en su recinto y de recoger un rico botin. Pero no contaban los expedicionarios con la intrepidez y resolucion de los comerciantes españoles y de los individuos de la Compañía de los Cinco Gremios, residentes en Casablanca, que, secundados por la poblacion en masa, juraron hacer levantar el sitio á los del campo, y perecer todos antes que rendirse.

En esta ocasion brilló tanto como el valor la generosidad española, porque habiéndose agotado los víveres, nuestros negociantes abrieron pródigamente sus almacenes, y dieron de balde su trigo á toda la poblacion durante tan calamitosas circunstancias. Este acto de desprendimiento permitió que la resistencia continuase por más tiempo, y el esfuerzo y pericia de los valientes que dirigian la defensa hicieron que los moros se desbandasen, salvando así á la ciudad de un cataclismo seguro. Es de advertir que todo el armamento con que contaban los defensores consistia en un cañon, de no muy grueso calibre, y en las pocas é ineficaces armas de los moros de la ciudad.

Esta conducta tan noble y desinteresada llamó justamente la atencion del sultan Muley Yazid, hijo y sucesor de Sidi-Mohamed, quien escribió una carta autógrafa á los españoles, dándoles las gracias por su buen proceder. Mandóles tambien un buen regalo, que consistia en dos magníficos leones, y dispuso que se indemnizase á todos por los daños y perjuicios que pudieran haber sufrido en sus intereses durante la guerra.

Desde entonces ha venido Casablanca creciendo en importancia y aumentándose considerablemente su comercio en granos y en lanas.

En 1863 acaecieron algunos disturbios entre las Kabilas de las cercanías de Casablanca y sus Káids ó gobernadores, que residian en la ciudad. El káid ben-Meshid llegó á hacerse intolerable á sus administrados por las continuas gabelas y contribuciones con que los abrumaba. Su insaciable codicia é irritante despotismo produjeron hondos motivos de disgusto, especialmente en las

Kabilas de *Snata* y *Mediuna*, cuyos habitantes se quejaban justamente de las exacciones sin término de su Káid.

Así las cosas, ben-Meshid cometió la falta de ofender á los *Mediunas* en el honor de uno de sus *xiejs* ó jefes. Saliendo al campo un dia y encontrando á la mujer del *xiej*, tuvo Meshid la brutal osadía de colocarla sobre su caballo, y la condujo á su morada. Esta es una de las faltas que los moros no perdonan jamás; por lo que exacerbados los ánimos con accion tan villana, y viendo los *Mediunas* que el Káid respondia á sus reclamaciones con nuevos y más pesados tributos, se declararon en abierta insurreccion el 4 de Enero de 1863.

El robo de esta nueva *Elena* iba á dar origen á una série de combates: los rebeldes, á los que se unieron los moros de *Snata*, atacaron con el mayor denuedo á su Káid, que con algunos grupos que le eran fieles se defendia del mejor modo posible; pero, como hombre astuto, no dejó de comprender que las cosas se presenta-

ban mal y que tendria que rendirse á sus insubordinados súbditos.

Apelando, pues, á la astucia, ya que por la fuerza nada podia conseguir, procuró sembrar rivalidades entre los insurrectos, y logró separar á los *Snatas* de los *Mediunas*; pero éstos, que contaban con el apo-

yo y proteccion del Káid de Casablanca, no dejaron las armas y acudian secretamente á la ciudad á proveerse de todo lo necesario para continuar la lucha.

Varios fueron los combates que presenciaron aquellas llanuras, siendo muy sangriento entre otros el del 7 de Febrero. Los bravos *Mediunas* batieron con denuedo al tirano ben-Meshid, y no pudiendo éste dominar la insurreccion, fué necesaria la intervencion de los vicecónsules europeos para restablecer la paz. Con este objeto salieron de Casablanca el 15 de Abril los vicecónsules de España, Inglaterra y Portugal, llegando al teatro de la guerra precisamente cuando los contendientes se disponian á empeñar un nuevo combate. Los jefes de ambos campos no fueron sordos á las voces de la humanidad y de la razon, y reconociendo la necesidad de la paz, nombraron una comision mixta que estipulase las condiciones bajo las cuales habia de firmarse.



KURDISTAN. — Amedeah, plaza fuerte y antigua capital, segun croquis del P. Besson. (Pág. 190).

Hecho antes el sacrificio de una ternera, requisito indispensable segun el ceremonial de la diplomacia marroquí, se acordó que habria perpétua paz y amistad entre los *Mediunas* y su Káid, otorgando éste una amplia amnistia, y dispensando á los sublevados de todo tributo por espacio de seis meses. Aceptada esta proposicion por ambos beligerantes se repartió entre los caudillos y comisionados un gran pan, que se llama el *pan de la paz* y del cual debian comer todos, volviendo con esto las cosas á su antiguo estado.

Terminada la guerra, cuyas consecuencias tuvo que sufrir naturalmente la poblacion de Casablanca, se ha disfrutado en ella una paz constante y el comercio ha ido tomando incremento: se han establecido allí muchos europeos, cuyas casas van haciendo variar el aspecto de la poblacion, que hace muy pocos años no se diferenciaba de los duares y chozas de los beduinos. Asimismo viene aumentando la poblacion considerablemente; constando en la actualidad de unos 6,000 habitantes, de los que 1,200 son judíos. Estos, contra lo que se observa en la mayor parte de las ciudades de Marruecos, no tienen su barrio ó Mellahh amurallado é independiente del resto de la poblacion.

Casablanca tiene una hermosa campiña, y aunque se ha dicho que su clima no es muy sano, creemos que las calenturas, que tantas víctimas causan todos los años en el país, son debidas más bien á la intemperancia de los moros y judíos, que hacen los mayores excesos en la estacion de las frutas, etc.: por lo demás, el clima es bastante saludable, si bien un tanto cálido.

Hay tambien en Casablanca una capilla católica y casa-mision en la que residen ordinariamente dos misioneros Franciscanos y dos legos, todos españoles.

LOS KURDOS.

Como los kurdos han desempeñado un papel importante en las desgracias que afligen á la Persia, parécenos oportuno dar á nuestros lectores algunos datos sobre el origen, país, idioma, estado, religion y costumbres de este pueblo casi desconocido.

Los kurdos han tomado su nombre de las montañas que han formado su cuna y que aún hoy les sirven de

refugio. La cordillera en la que descuella el monte Ararat es llamada en la Vulgata (*Gen. v, 4*) *Montes Armeniae*, mientras la Biblia caldaica la denomina *Montes Kardui*. Y en la lengua del país los kurdos se llaman *kurdai* ó *harduai*, es decir, habitantes de los Kardui.

Como habitan las comarcas que formaron antiguamente los reinos de Caldea y Asiria, y que hoy están ocupadas en parte por caldeos y sirios, parece que los kurdos traen su origen de los caldeos. Es creencia general que fueron sometidos al islamismo por la cimitarra de los Califas, sucesores de Mahoma. Su tipo, su traje y ciertas costumbres les hacen asemejar enteramente á los cristianos del Kurdistan.

Ocupan una parte de la Persia, partiendo del monte

Ararat, á lo largo de los montes que constituyen la frontera turco-persa de Norte á Sud. Toda esta cordillera con los distritos y valles que encierra está habitada por los kurdos, pero á partir del Sur del lago Urmiah, esta nacion se extiende hasta en los llanos y poblaciones como Cubari, Sulduz, Lahindjas, Sudj-Bulakh, Sakkis, Sina y Kirmanchah. En Turquía posee un espacio considerable de terreno en los distritos de Bagdad, Mossul, Diarbekir, Erzerum, Kars y en el monte Ararat. No obstante, hay en estos países muchos caldeos y armenios.

Los kurdos hablan un idioma particular que en el fondo no es más que una corrupcion del persa. No es una lengua escrita ni por consiguiente cultivada, de modo que difiere de un distrito á otro con variantes interminables. El idioma litúrgico es el árabe. La lengua oficial es la persa en el Kurdistan de Per-

sia, y la turca en el territorio osmanli. No tienen libros ni escuelas.

Los kurdos, así persas como turcos, divídense en Raias (súbditos) y Achiratos. Los primeros, aunque entregados, por espíritu nacional, al robo y al asesinato, son bajo otros aspectos como todos los demás habitantes del país y se dedican á la agricultura y al comercio: gozan de todos los derechos de ciudadanía y soportan las cargas inherentes.

Los Achiratos viven comunmente en los montes. Son poco menos que independientes, pagan sólo un tributo irrisorio y se gobiernan á su modo. Están divididos en



KURDISTAN.—Mujer caldea de Mar-Yakub, segun cróquis del P. Besson.

(Pág. 190).

tribus que se hacen guerra, levantando ejércitos de 3 ó 4,000 combatientes. Estos soldados nada respetan en sus irrupciones, pasándolo todo á sangre y fuego. Llevan una vida nómada, y su principal recurso lo forman los ganados, pero su ocupacion más ordinaria es el pillaje. Así en Persia como en Turquía ven asegurada su impunidad por una política celosa y ridícula, de la cual se aprovechan para arruinar á los dos países.

En cuanto á religion, todos los kurdos son mahometanos sunnitas. Los Raias son como los demás musulmanes; pero los Achiratos ó montañeses carecen generalmente de escuelas, de predicacion y de mezquitas. No obstante, guardan el ayuno del Ramazan, oran un poco, nunca beben vino ni licores espirituosos, lo cual no les impide ser robustos y fuertes. A la voz del jefe religioso toman y dejan las armas. El juramento solemne es sagrado entre ellos: un kurdo que jura en falso por su matrimonio, créese obligado á despedir á su mujer; así es que generalmente, para conocer la verdad, se les obliga á este juramento, que les repugna sobre todos. Los contratos y préstamos se hacen sin escrito y de palabra, y tienen prohibido como usurario el más módico interés.

Faltos de una jerarquía regular, los sacerdotes se clasifican en Fakis, Mullahs, Kholipés y Cheikhes. Este último grado, el más alto, es hereditario. La ciudad más importante y venerada es la de Nawdjia, en la vertiente turca de los montes que forman la frontera turco-persa al Oeste de Urmiah, á 50 kilómetros de la ciudad de este nombre. El que la ocupa actualmente se llama Cheikh Ubeid-Ullah, hijo de Cheikh Talsar. Dicho personaje es mirado como un santo, de modo que los soberanos de Persia le han cedido las rentas de muchos pueblos situados en su territorio para obtener el auxilio de sus oraciones. El Cheik es quien, hace algunos años, hizo matar á los cristianos en el país que habita y demoler sus iglesias. Él es quien, en 1877, mandó en persona un numeroso ejército de su nacion en guerra santa contra los rusos y recobró la ciudad de Bayazid.

Réstanos decir algo de las costumbres de los kurdos. Respecto á los Achiratos el robo y pillaje están á la orden del día, y tienen por gloria el homicidio. No obstante, si se trata del asesinato de un compatriota, hay que entregar cierta cantidad de dinero, ó bien el culpable; y si no se le encuentra, toman venganza en el más próximo pariente. Entre ellos los odios son eternos, y las injurias sólo deben lavarse en sangre. El suicidio es sin embargo muy raro, y el duelo enteramente desconocido como en todo el Oriente. En general, todos tienen armas, y la mayor parte montan caballos muy adiestrados para sus expediciones. Llevan habitualmente un puñal en el cinto, y á veces un par de pistolas, lo cual da ocasion á muertes en la menor querella.

Las mujeres van sin velo y están dispensadas de muchas de las privaciones á que están sujetas las mahometanas; pero cualquier falta de respeto ó defeccion es á menudo castigada con la muerte. Los parientes más próximos se creieran obligados á lavar por sí mismos una mancha de familia en la sangre de la culpable.

Los kurdos se alimentan sólo con lacticinios, y por lo comun no comen sino pan de cebada y de mijo. En una palabra, son por muchos conceptos la nacion más bárbara del Asia.

EFEMÉRIDES.

4 MAYO 1881.—Muerle del P. Jacinto Besson, de la Orden de Predicadores, en Mar-Yakub (Kurdistan).

Pintor distinguido y de grande esperanza para el arte cristiano, en 1840 y á la edad de veinte y cuatro años el P. Besson habia hecho voto de renunciar á la pintura si su madre renunciaba á él permitiéndole abrazar la vida religiosa. Mirando ante todo por la dicha de su hijo, entregábalo ella misma, algunas semanas despues, al P. Lacordaire. «Es ni más ni menos, escribia éste á la Sra. Swetchine, la miniatura de Angélico de Fiésole, un alma incomparablemente pura, buena, sencilla, y una fe de gran santo.»

En 1852 el amor á su Orden despertó en él el amor á su arte, y consagró todo el tiempo que tenia libre á pintar en la sala capitular de San Sixto, en Roma, los milagros y los principales hechos de la vida de su amado patriarca santo Domingo. La Roma sabia, cristiana y artistica fué á admirar los frescos del piadoso Dominico, y jueces tan competentes como Owerbek y Flandrin hicieron de ellos elogios merecidos.

El sol de Oriente, las llanuras de Mesopotamia, las montañas del Kurdistan y toda esa poblacion cuyas costumbres recuerdan las narraciones bíblicas, habian excitado grandemente el entusiasmo del artista; así es que durante sus dos viajes por el Asia (1856 y 1859) trazó gran número de croquis y dibujos. Gracias á la generosidad de sus amigos de Roma, habia establecido en Mar-Yakub un modesto taller de pintura; y se proponia utilizar todo el tiempo disponible en el ornato de las iglesias de la Mision, cuando la muerte le sorprendió en 1861, dos años despues de su vuelta al Oriente.

Añadirémos á esta corta noticia el elogio que del P. Besson inscribió en sus actas, en 1868, el Capitulo general de su Orden.

«El M. Rdo. P. Jacinto Besson, maestro en sagrada teología, á quien Dios ha llenado de las bendiciones de su dulzura, y al cual ha «santificado por la fe y por su propia mansedumbre,» nació en las cercanías de Besanzon. Educado en el temor de Dios por su excelente madre, recibió de un venerable sacerdote el beneficio de su primera educacion literaria. La gracia divina le preservó en su juventud de los peligros que le ofrecian las escuelas de un siglo perverso. Apenas su corazon se hubo «abierto á la fe por la justicia, cuando la confesó de «boca por su salvacion.»

«En Roma, donde habia ido para estudiar la pintura, en cuyo arte fué muy sobresaliente, Besson encontré de nuevo con el P. Lacordaire, de ilustre memoria, y con sus primeros compañeros, con los cuales contrajo los vínculos de una santa union. Movido por celeste inspiracion, resolvió abrazar el Instituto dominico y juntar sus esfuerzos á los de aquellos para la restauracion de la Orden en Francia. Así, pues, habiendo pronunciado los santos votos de religion y terminado sus estudios en el convento de Bosco, Provincia de San Pedro mártir, recibió el sacerdocio y volvió á Francia, en donde, á pesar de grandes dificultades, restauró nuestra Orden, de concierto con sus compañeros. Fué el primero á quien se confió el cargo de Maestro de novicios en el convento de Santa María de Chalais, mereciéndole este honorífico empleo su hermoso carácter y sus eminentes virtudes. Fiel observante de la disciplina regular, fué tambien su propagador y echó su semilla en otros monasterios. Sus predicaciones, las obras de su heróica caridad y el ejemplo de una vida irreprochable ganáronle por todas partes los corazones.

«Elegido como *socius* por el Rmo. P. Jandel, dignísimo Maestro general de la Orden, y llamado por él á Roma, recibió además el priorato del convento de Santa Sabina, en donde sus cuidados aumentaron é hicieron florecer la observancia religiosa. Gozó en la Ciudad eterna de tan gran renombre de piedad, que el mismo Soberano Pontífice le honró con su particular afecto y benevolencia. No obstante, cual otro Angélico de Fiésole, empleaba su talento de pintor trazando en piadosos frescos, en las paredes de la sala capitular del antiguo convento de San Sixto, los milagros obrados en este sitio por nuestro bienaventurado Padre santo Domingo. Pero este admirable religioso, este modelo viviente de obediencia, dejó sin terminar su obra para ir á anunciar á los infieles el verdadero Dios. En efecto, apenas se sintió llamado, con gran alegría de su corazon, á la Mision de Mossul, en el territorio de la antigua Ninive, apresuróse á marchar á ese remoto país, en donde se consagró por completo á la salvacion de las almas. Llamado momentáneamente á Francia, permaneció

muy po
funcion
trabajos
y olvida
sus cui
enferme
Kurdista
Mayo d
cuarenta
ca de l
San Jain

Corea
las Nieu
Nació
tiembre
Mision
partió p

A la s
contra e
pos y si
Destina
tinuar l
ellos su
tad, pue
do el co

Encar
mismo
nes de
su Obis

El 19
de algu
pidió lo
timiento
na entre

Duran
de regul
dice uno
queria l
y por to
dades á
nos se n

«Dur
María, á
morir, c
cuanto p
santísim

Dos d
quias, á
cariño y
padre. S
frente d
tos del l

Puert
su resid
el Ilmo.
España.

El Tr
gunos d
El Ilm
y habien
años las
1869, y
tías del
Febrero
coadjuto
viaje á l
aquella
cion de l
nidad, C

muy poco tiempo en ella, regresando al Oriente, en donde ejerció las funciones apostólicas en la paciencia, en la constancia y en grandes trabajos. Mientras, enteramente dedicado á la salvación de los demás y olvidado por completo de sí mismo, prodigaba con admirable celo sus cuidados á los enfermos atacados del tífus, cogió él también esta enfermedad y murió con la muerte de los justos en los montes del Kurdistan. Esta muerte, preciosa á los ojos del Señor, acaeció el 4 de Mayo de 1861, cuando el P. Besson no había cumplido todavía los cuarenta y cinco años de su edad. Sus restos mortales descansan cerca de las ruinas de un antiguo monasterio que los caldeos llaman de San Jaime; y allí aguarda la gloriosa resurrección.»

NECROLOGÍA.

Corea.—El 28 de Setiembre de 1880 murió en Nuestra Señora de las Nieves (Mandchuria) el Rdo. Pedro Richard, misionero de Corea.

Nació en San Filiberto de Bonaine (diócesis de Luçon) el 3 de Setiembre de 1842. Era subdiácono cuando entró en el seminario de las Misiones extranjeras. Ordenado sacerdote el 22 de Diciembre de 1866, partió para Corea el 11 de Febrero del año siguiente.

A la sazón estaba encendida en aquel país la más cruel persecución contra el Cristianismo, siendo las primeras víctimas de ella dos obispos y siete misioneros, que acababan de coger la palma del martirio. Destinado á ocupar un sitio en el campo del honor, aspiraba á continuar los trabajos de sus gloriosos compañeros y derramar como ellos su sangre por Jesucristo. Contentóse Dios con su buena voluntad, pues ha caído á las puertas de la tierra prometida sin haber tenido el consuelo de ejercer en ella su apostolado.

Encargado de la cristiandad de Nuestra Señora de las Nieves y al mismo tiempo de la procura de su Mision, en medio de las atenciones de este doble ministerio vino la muerte á arrebatarse al cariño de su Obispo, de sus cohermanos y de sus neófitos.

El 19 de Setiembre sintió los primeros ataques del tífus, y al cabo de algunos días su estado se hizo alarmante. Advertido del peligro, pidió los últimos Sacramentos, que recibió en cabal juicio y con sentimientos de viva fe. Por último, el martes 28 á las siete de la mañana entregó apaciblemente su espíritu á Dios.

Durante su corta carrera apostólica el Rdo. Richard fué un modelo de regularidad, de piedad, de mansedumbre y de humildad. «Murió, dice uno de sus compañeros, sin apego á la vida. Sabía que Dios quería llamarle á sí, y dejó esta tierra con alegría. Sometido en todo y por todo á la voluntad divina, soportaba con paciencia las enfermedades á que frecuentemente estaba sujeto. Su caridad por sus hermanos se mantuvo siempre á la misma altura.

«Durante su enfermedad nos hablaba á menudo de su devoción á María, á la cual se había consagrado ya desde niño. Poco antes de morir, cuando apenas podía articular algunas palabras, se esforzó cuanto pudo en rezar todo entero el Rosario, queriendo así dar á la santísima Virgen una postrera prueba de su amor.»

Dos días después de su muerte se celebraron por él solemnes exequias, á las cuales asistieron todos los cristianos, dando pruebas del cariño y gratitud que profesaban al que había sido su pastor y su padre. Sus mortales despojos reposan al pie de la montaña situada en frente de la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, cerca de los restos del Rdo. Colin, superior de la Mision del Japon, muerto en 1854.

Puerto-España (Trinidad).—El 13 de Octubre de 1880 murió en su residencia episcopal, después de una larga y dolorosa enfermedad, el Ilmo. O'Carroll, coadjutor del Ilmo. Gonin, arzobispo de Puerto-España.

El *Trinidad Palladium*, que apareció orlado de negro, contenía algunos datos biográficos sobre el difunto Prelado.

El Ilmo. Guillermo Domingo O'Carroll era irlandés de nacimiento, y habiendo entrado en la Orden de Predicadores ejerció durante cinco años las funciones de Provincial en América. Partió á las Antillas en 1869, y su carácter franco y leal captó desde su llegada las simpatías del clero y pueblo de Puerto-España. En el consistorio del 3 de Febrero de 1874 nombróle Pio IX obispo de Alabanda *in partibus* y coadjutor del Ilmo. Gonin. Al año siguiente el Ilmo. O'Carroll hizo un viaje á Irlanda para proveer á las necesidades de la Mision, y desde aquella época compartió con su venerable Arzobispo la administración de los 115,000 católicos que habitan las islas inglesas de la Trinidad, Granada, San Vicente, Santa Lucía y Tabago.

Sus funerales se celebraron con extraordinaria pompa el 15 de Octubre. Una conmovida y devota muchedumbre llenaba el vasto recinto de la catedral, y ofició y pronunció la oración fúnebre el ilustrísimo Gonin.

El secretario general de la colonia, los jueces, el *attorney*, el abogado general, los miembros de la Asamblea legislativa, el Municipio y en fin lo más escogido de la ciudad honraron con su presencia las solemnes exequias. Cerráronse aquel día todos los establecimientos mercantiles y quedó suspendido todo negocio. El Tribunal supremo, deseoso de asociarse al duelo general, aplazó su sesión hasta la una de la tarde. Estas señales unánimes de dolorosa simpatía en una ciudad que cuenta numerosos adeptos de los cultos disidentes, muestran la extensión de la pérdida que han tenido los católicos de la isla de Trinidad.

Dubuque (Estados-Unidos).—Los periódicos americanos anuncian la muerte de un misionero de más de cien años de edad, acaecida á fin de Octubre en el Estado de Iowa. Las siguientes notas biográficas están tomadas de un interesante artículo publicado en el *Davenport Democrat* acerca de este venerable Apóstol.

Jorge Brophy, nacido cerca de Kilkenny (Irlanda) en 1775, el mismo año que Daniel O'Connell, pertenecía á una familia verdaderamente patriarcal, que contaba, como la de Jacob, doce varones y una hija. Desde su juventud, había sido destinado á la carrera eclesiástica: graduóse en el colegio de Carlow y se trasladó á París á continuar sus estudios teológicos; pero la tormenta revolucionaria estaba en lo más ríco, y el joven seminarista hubo de marchar á Madrid, donde acabó de prepararse para el sacerdocio. Vuelto á Francia, se ordenó en París en 1798. Estos viajes, unidos á una facilidad natural, le permitieron aprender perfectamente el francés, el español y el italiano.

Honrado con las más brillantes relaciones, el Sr. Brophy tuvo frecuente ocasión de ver de cerca, durante el primer Imperio, á Napoleón I: en 1815 era él uno de los que formaban el pequeño grupo de leales que recogieron las últimas palabras del Emperador al partir á Santa Elena.

En 1840 el Rdo. Brophy salió de Francia para los Estados-Unidos. Nombrado Cura de diferentes parroquias de Nueva-York, levantó sucesivamente nueve iglesias, sacrificándose con celo admirable por los intereses espirituales de su rebaño.

La Providencia hizo que se encontrara con un ministro protestante, el Sr. Bayley, que servía una parroquia episcopal inmediata á su iglesia. No tardó en unir íntimamente una amistad calurosa y sólida al sacerdote católico y al *clergyman* protestante. El tema favorito é inagotable de sus conversaciones era la diferencia de su fe religiosa. Ambos eran instruidos, y sus largas discusiones hacían penetrar poco á poco la luz en la inteligencia del ministro del error. Un día éste tuvo la fortuna de anunciar á su amigo que estaba perfectamente convencido de la verdad católica, y que iba á abjurar. Dimitió su cargo de rector episcopal, y, siguiendo el consejo del Rdo. Mac-Closkey, hoy cardenal arzobispo, pasó á Roma, donde fué bautizado el 26 de Abril de 1842. Este neófito debía ser la conquista más brillante del reverendo Brophy: diez años más tarde era el primer obispo de Newark, y en 1877 murió arzobispo en Baltimore.

El Rdo. Brophy pasó en Davenport los últimos años de su vida. Fijó en 1876 su residencia en el hospital de esta población, renombrada por su salubridad y la hermosura del panorama que la rodea. A pesar de su avanzadísima edad, conservaba un vigor admirable, y á fines de 1877 recorría solo trayectos relativamente largos. Su memoria tenía una seguridad y una extensión extraordinarias. A la edad de ciento dos años leía aún sin anteojos. Conservó hasta el último año la plenitud de sus facultades intelectuales; pero en este año último de su vida cayó en la infancia senil. Poco tiempo há tuvo, sin embargo, algunos momentos de lucidez que aprovechó para expresar, en términos conmovedores, su esperanza de que Dios le recibiría en el paraíso. Hasta su postrer instante, las Religiosas del hospital rodearon de atenciones y cuidados á su venerable huésped. Finó sin dolor el 23 de Octubre por la mañana á los ciento seis años de su edad, y á los ochenta y dos de su ordenación sacerdotal.

Mandchuria.—Escriben de esta lejana Mision con fecha 20 de Abril:

«El 1.º del corriente el Rdo. Angel-María Lamandé cayó enfermo en Pa-kia-tze, á donde había venido á despedirse de sus compañeros antes de partir para el nuevo lugar que se le había señalado. Primero sintióse ligeramente indispuerto, pero sobrevino la calentura, y su estado no tardó en agravarse. Sin embargo, los tres misioneros que le asistían quedaron muy sorprendidos cuando los médicos declararon que no había remedio.



KURDISTAN. — Jefes kurdos reunidos en Consejo, según dibujo del P. Besson. (Pág. 190).

«Solamente el enfermo acogió con calma esta noticia, y su alma estaba dispuesta á comparecer ante Dios. Él mismo pidió los últimos Sacramentos, y rogó á Dios que prolongase un mes su vida y sus crueles sufrimientos para la expiación de sus pecados y por la conversión de los paganos.

«Finalmente, el día 7 al medio día, viendo su postración, comenzamos las paces de los agonizantes que él repetía. A las tres y media entró en agonía y pudo aún pronunciar los nombres de Jesús, María y José, á los cuales ofrecía corazón, alma y vida. A las cuatro nuestro querido compañero había dejado de existir.»

El Rdo. Lamandé había nacido el 12 de Enero de 1852 en Plouguemast (diócesis de Sainr-Brieuc). Había recibido ya la tonsura cuando en 3 de Octubre de 1874 entró en el Seminario de las Misiones extranjeras. Ordenado presbítero en 24 de Febrero de 1877, partió para la Manchuria en 13 de Abril del mismo año.

Su fe vivísima, su extraordinario celo y su energía poco comun, todo hacia esperar que el Rdo. Lamandé podría prestar á la Mision preciosos y largos servicios. Dios lo ha dispuesto de otro modo, y en el cielo ruega el buen misionero por las almas que tanto amaba y á las cuales había consagrado su vida.

Japon septentrional. — El 26 de Junio murió en Grisolles (diócesis de Montauban) el Rdo. Juan Chamaison, misionero del Japon septentrional. Nació en el mismo pueblo el 13 de Enero de 1813, y era ya sacerdote cuando entró en el Seminario de las Misiones extranjeras el 18 de Julio de 1839. Poco tiempo despues, el 15 de Enero de 1840, partió para la Cochinchina, cuando todavía reinaba en este país la persecución. Thieu-tri no había revocado ninguno de los edictos de su predecesor Minh-menh, y aunque la persecución había menguado un poco, continuaba devastando la Iglesia de Anam. Así es que sólo despues de correr los mayores peligros el Rdo. Chamaison y sus dos compañeros de viaje los Rdos. Miche y Duclos consiguieron abordar en Cochinchina, en donde fueron acogidos por su obispo el venerable señor Cuenot.

Su gozo al verse reunidos con tan digno Prelado fué de corta duración. La presencia de tantos misioneros en un mismo lugar ofrecía

muchos peligros, y fué preciso dispersarse. El Rdo. Chamaison tuvo que embarcarse otra vez para la provincia de Quang-nam, en donde debía aprender la lengua del país y ejercer el santo ministerio. Más feliz que sus hermanos, logró escapar á los satélites enviados en su busca, y más tarde, en 1843, fué el instrumento de que se sirvió la divina Providencia para librar á varios misioneros detenidos en las prisiones de Hué y condenados á la pena capital. Hé aquí cómo sucedió. Habiendo anclado en el puerto de Touranne la corbeta *Heroína*, su comandante, el Sr. Lévêque, reclamó la libertad de los misioneros que según se decía estaban presos en Cochinchina. Habiéndosele contestado que no había francés alguno en Anam, disponiase á partir, cuando el Rdo. Chamaison pudo hacer llegar á sus manos un billete, participándole que los Rdos. Galy, Berneux, Charrier, Miche y Duclos continuaban presos en Hué y bajo el golpe de una sentencia de muerte que de un momento á otro podía ejecutarse.

Durante los cinco años que pasó en Cochinchina el Rdo. Chamaison tuvo que sufrir muchísimo, obligado á ocultarse, expuesto á toda clase de privaciones, y minado por la fiebre. En 1846 fué enviado á Francia para que desempeñara los cargos de procurador de la Cochinchina y director del Seminario de las Misiones extranjeras, hasta que en 1860, deseoso de volver á su Mision, pidió le dejaran partir otra vez. Detúvose la enfermedad en el puerto de embarque, y tuvo que aplazar la ejecución de su designio.

Sus deseos no pudieron verse satisfechos hasta fines de 1871; pero como su avanzada edad y su delicada salud no le daban esperanza alguna de volver á aclimatarse en Cochinchina y trabajar allí con algun fruto, partió para el Japon, en donde permaneció cuatro años, empeñado, con celo digno de mejor suerte, en el estudio de la lengua. Por último, desesperando de poder ser útil á su nueva Mision, regresó á Francia, en donde ha acabado sus días. Soportó con paciencia los acerbos dolores de su última enfermedad, y se preparó santamente á comparecer en presencia de Dios. Recibió los Sacramentos con grandes sentimientos de fe, despidióse de su familia y de todos sus compañeros en el sagrado ministerio representados por el Superior del Seminario de las Misiones extranjeras, y el 26 de Junio de 1880 durmióse en el Señor á la edad de 68 años.